

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO VI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 137.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO

Sociedad de aclimatacion; grabado. — Estudios sobre el teatro de Plauto y de Terencio. — Revista de Paris. — Correspondencia de la Crimea; grabados. — El secreto de la

Bianetti. — A la niña. — El perdon de Auray; grabados. — Elvira y Luisa. — Exposicion de Bellas-Artes; grabados. — Historia monumental del teatro. — Revista de la moda. — Correrías en los Alpes; grabados.

## Sociedad de aclimatacion.

La Sociedad imperial de aclimatacion ha dado á conocer en su última sesion muchos trabajos interesantes, que manifiestan el buen éxito de sus esfuerzos para do-



El bómice de la encina.

tar al país de nuevas especies en el reino vegetal, lo mismo que en el reino animal. De este modo pues, la Sociedad ha repartido 153,000 bulbillos de batatas de la China (*dioscora batatas*) con las instrucciones necesarias para su cultivo entre diferentes zonas de la Francia, de la Argelia, de la Inglaterra, la Alemania, etc. La facilidad con que esta planta preciosa se ha reproducido en el territorio francés, permite esperar que una vez desarrollado su cultivo entrará definitivamente en el consumo este agente económico de alimentación.

M. Guerin-Meneville que fué encargado por la Sociedad de estudiar en París el nacimiento de los gusanos de seda de la encina, cuya semilla vino de la China, presentó acerca de esto un informe del que resulta que falta muy poco para que pueda darse por adquirida esta preciosa especie.

El nacimiento de mariposas machos y hembras ha dado lugar á muchas fecundaciones en casa de varios miembros de la Sociedad en París, así como en Turin en la del Sr. Baruffi, á quien se enviaron algunas semillas. Según M. Guerin-Meneville es presumible que los huevos cuya fecundación se acaba de obtener, suministrarán una primera generación de orugas que se podrán alimentar con las hojas de la encina ordinaria de Francia.

Estas orugas pasarán el verano, harán su capullo hácia el principio del otoño y en la primavera próxima darán mariposas á su vez. Además la Sociedad de aclimatación ha recibido con los capullos de gusanos de seda de la encina, bellotas de dos especies de encinas de Mantehourie, sobre las cuales viven estos gusanos de seda, y ya han germinado muchas de estas bellotas en las casas de los diferentes miembros de la Sociedad á quienes se habían confiado. M. Guerin-Meneville ha presentado á la Sociedad felpillas de una belleza rara obtenidas con la seda de los gusanos de la encina por un manufacturero de París M. Ch. Torne, felpillas que figuran en la Exposición de la Industria y que difieren completamente de todo cuanto se fabrica en este género. Con estas felpillas habia muestras hiladas con la misma seda y de todos colores. M. Guerin-Meneville presentó también á la Sociedad una hermosa muestra de seda procedente de la India inglesa y suministrada por los capullos de un gran bómice que vive en diferentes especies de árboles; esta seda llamada *mooga* en el país es producto de una especie que ofrece mucha analogía con la de la encina.

Al fin de la sesión el Sr. presidente anunció el nuevo regalo hecho á la Sociedad por el emir Abd-el-Kader, consistente en unos veinte carneros del Asia Menor que probablemente llegarán por Marsella.

## Estudios

### SOBRE EL TEATRO DE PLAUTO Y DE TERCENIO.

#### PLAUTO.

En el año 224 de nuestra era, y siendo cónsul en Roma Cayo Flaminio, el mismo que despues habia de ser derrotado por Anibal en las inmediaciones del lago Trasimeno, fué dado á luz en Sarsina, ciudad de la Umbria hoy Yorli, un tierno infante, hijo de miserables esclavos segun algunos; pero indudablemente de padres oscuros y de condición humilde.

Nada nos dicen los autores latinos acerca de los primeros años de su vida ni sobre la época precisa de su nacimiento, que suponen otros acaecido en el año 227; y si bien Varron, á juzgar por algunos ligeros fragmentos que cita Aulo Gelio, daba sobre él estas noticias; la pérdida de las obras de aquel varon ilustre á quien llamaba Ciceron *el mas sabio de los romanos*, y de las que solo pudieron salvarse algunas escasas reliquias en el naufragio del tiempo, nos reduce á nosotros y habia ya reducido á los escritores que le sucedieron á un estrecho círculo de congeturas en las que no siempre han caminado nuestros contemporáneos con seguro paso.

Llamábase el tierno umbriano, Marco Ancio, y se ha supuesto que recibió despues el sobrenombre de Plauto, segun unos á causa de la extraordinaria magnitud de sus piés, y segun otros porque era patizambo.

No se sabe el fundamento de esta segunda suposición; pero si no es mas plausible que el de la primera, bien puede asegurarse que acerca del origen del nombre de Plauto no hay mas certidumbre que sobre la época de su nacimiento y acerca del estado y condición de sus padres.

Suponen en efecto algunos críticos que Plauto fué así llamado de la palabra *Ploti* con que se designaban en Roma á los umbrianos por sus piés extraordinariamente grandes y aplastados, y que en cierto pasaje del *Pseudolus* en que *Harpax* describe al supuesto *Siro* diciendo que es

« Rufus quidam, ventriosus, crassis suris, subniger  
« Magno capite, acutis oculis, ore rubicundo, admodum  
« Magnis pedibus. »

Se propuso el poeta trazar su retrato.

Pero ni se colige, como pretenden, de este pasaje que Plauto intentase ofrecer á la vista de sus espectadores el tipo umbriano; ni aun cuando este tipo estuviese

descrito en aquellos versos podria sostenerse que hacian á la vez la personificación del poeta, el cual podia ser entre sus compatriotas una excepcion de la regla general; ni finalmente, aun cuando tan triste retrato fuera el suyo podria decidirse en buena lógica que por este mero hecho fué llamado *Plautus*, siendo el nombre adecuado en tal caso el de *Plotus*. El raciocinio pues es vicioso, entre otras razones, porque envuelve una petición de principio y porque equivale á sostener que Plauto fué así llamado porque como umbriano tenia grandes piés; y que tenia grandes piés porque se llamaba Plauto que era el nombre que por aquella razon se daba á los umbrianos. Semejante modo de discurrir no puede aceptarse por los hombres graves y concienzudos que prefieren la certeza ó autenticidad de los datos á su muchedumbre.

Como quiera que sea, y dejando á parte una cuestion de tan escaso interés, la existencia de Plauto parecida á la marcha misteriosa de ciertos rios que se pierden no lejos de su origen para reaparecer despues llevando en ondas caudalosas la fecundidad á los campos y las brisas consoladoras á las florestas agostadas; se oculta desde la infancia á nuestra contemplación no dejando lugar ni aun á vagas conjeturas para el estudio del progresivo desarrollo de inteligencia y pasa ignorado hasta que ya en la adolescencia ostenta á nuestros ojos esa rica fantasía, ese sutil ingenio, esa picante agudez y esa sal cómica que se revelan á cada paso en el autor de los *Cautivos del Pseudo-us* y del *Epidicus*.

Dejemos pues á esta flor inestimable de las letras latinas crecer y desarrollarse en las poéticas regiones que bañan el Sapis y el Rubicon; dejémosla gustar los primitivos purísimos deleites de la poesia en medio de una naturaleza, ora majestuosa é imponente, ora apacible y serena. Si el jóven Marco Ancio al sentir su frente oreada por las tempestuosas ventiscas de los Apeninos y por las lejanas y misteriosas auras del Adriático, en una colonia que sufre con amarga resignación el yugo casi reciente de su opresora, no se prepara á cantar como lo hará despues Sucreo en Roma á la naturaleza, desenvolviendo un sistema completo de filosofía; si ántes que Ovidio no se dispone á celebrar los amores de los dioses y de los héroes y á hacer en bellísimos versos, confidentes á los siglos de los secretos favores que le prodiguen las voluptuosas damas romanas; si, como el Mantuano no hará resonar la trompa épica cantando en exámetros inmortales el fin funesto de Priamo, los tristes amores de la infortunada esposa de Sicheo y la conquista del Lacio, no tañerá en los valles el cálcamo agreste para entretener los ócios pastoriles y enseñar las rudas faenas campestres; él buscará no obstante un manantial inagotable de inspiraciones en el estudio de los hombres; él intentará sondear, si no los misteriosos arcanos del mundo físico á la manera del discípulo de Epicuro los profundos misterios del mundo moral y los insondables abismos del corazón humano; él verterá á raudales las máximas eternas de la sana moral disfrazándolas con los grotescos atavíos de la comedia de las risas y del placer. Dioses adúlteros, padres corrompidos y corruptores, esposos livianos, avaros miserables, todos darán ocasión al poeta unas veces para estigmatizar abiertamente al vicio; otras para hacerle objeto del menosprecio por medio de las burlas y del ridículo. La lectura de los dramáticos griegos y especialmente de Deifilo, Demófilo, Menandro y Epicharmo le enseñará el camino y prestará la forma á su ingenio; la filosofía le dictará gravísimas enseñanzas, y ni porque llegue á ser el poeta mas popular de cuantos hasta el siglo de Augusto escribían en el soberbio idioma latino tendrá nada que echarle en cara la filosofía; ni porque se muestre profundo moralista, aun en medio de la repugnante desnudez con que nos pinta algunos tipos y costumbres de su siglo, tendrán que acusarle las musas de desvío.

Quizá decide del giro que dé á su fantasía la noble emulación de ver á Nevio reinando sin rival sobre la escena latina: acaso también al penetrarse del gusto y de la afición progresiva del pueblo romano por los juegos escénicos se siente estimulado con una doble al par que legítima esperanza. La palma del Edil es la recompensa del arte; pero la miseria que es el patrimonio del genio puede ceder á veces sus fáciles conquistas á la fortuna. Y en efecto el mismo Plauto, pasando con el tiempo por todas las situaciones de la vida nos suministrará una prueba mas de la veleidosa inconstancia de las cosas humanas.

Pero no anticipemos los hechos, y al ocuparnos en trazar un bosquejo de su vida empecemos por contemplarle, adolescente aun sin apoyo, sin la protección de un Salinator como Livio, sin cobijarse á la sombra poderosa de los Escipiones como Ennio, sin el amparo de los sabios ó de los grandes hombres de la república que tenderán la mano despues á Pacuvio y á Terencio y solo con el aliento que le infundan la conciencia de sí mismo, la fé en su talento y la osadía quizá de los pocos años, pisar por primera vez el suelo de la gran Metrópoli, en aquella region precisamente que atravesó despues la via triunfal y que habia de verse decorada algun dia con los magníficos teatros de Cornelio Balbo, de Marcelo y de Pompeyo. Cuando el pueblo romano, pasada una centuria, salia en tropel por las puertas *Carmentalis*, *Triunfal* y *Flumentam* para aplaudir frenético en los teatros las comedias de su querido poeta umbriano; á qué iba en realidad sino á pagarle un justo tributo de agradecimiento y á devolverle admiración por admisión, saliéndole al encuentro en el mismo punto desde cuyas alturas cuando Plauto se contemplaba peregrino y desvalido pudo mirar por

primera vez con ojos atónitos aquel mundo que se agitaba y bullia á la sombra del foro romano y de los pórticos, y á quien sin embargo llevaba él un nuevo germen de engrandecimiento intelectual de ilustración y de cultura?

Pero antes de posesionarse del teatro latino oscureciendo la fama que habian alcanzado sus predecesores; ántes de llegar á conmovir el duro corazón de los hijos del Tiber haciéndose aclamar como el poeta mas simpático al pueblo romano, el jóven Plauto tenia que arrostrar la mirada severa y escudriñadora del magistrado que tenia á su cargo promover el esplendor y la magnificencia de los públicos espectáculos.

Sabido es que estos constituian en Roma una de las principales ceremonias del culto pagano. Su numerosa variedad, las épocas en que debian celebrarse, su duración, la asombrosa esplendidez que tuvieron que desplegar en ellos los ediles, excediendo muchas veces del crédito legal que á este fin los abría el erario y aruinando mas de una vez sus fortunas y las fortunas de dos y tres familias, son otros tantos hechos dignos del mayor interés y que revelan el germen de decadencia que llevaba el pueblo romano en unas instituciones que le tenian completamente abstraído del trabajo y de los negocios durante ocho meses del año, desde el equinocio de primavera hasta mediado noviembre sin que en todo este tiempo se pasaran tres dias consecutivos sin espectáculos.

« Otia nunc istis, punctisque ex ordine ludis  
« Cedunt verbosi garrula bella fori. »

Desde el año 260 de la ciudad los ediles de la plebe habian sido los encargados de presidir á estos espectáculos y de ordenarlo y proveer á todo lo que con ellos tenia relacion. Despues en el año 390 los jóvenes patricios se ofrecieron á sufragar unos gastos que no podian hacer los ediles, y tanto por esta razon, como por la necesidad de que uno de aquellos magistrados llevase la presidencia, fué aumentada la edilidad con dos miembros, que no perteneciendo al pueblo, fueron designados con el nombre de ediles *curules ab ædium cura*, ó porque á diferencia de los ediles plebeyos tenian su silla curul. Estos cuatro magistrados tenian pues á su cargo además del cuidado de los edificios de la república la disposición y el órden de los juegos, por lo que dejando á parte los grandes desembolsos que exigian los circenses debian subvencionar á las compañías de actores; recibian ó desechaban las piezas que, optando á los honores de la representación sometían los poetas á su censura, pagaban á los *Tibicines*, maquinistas y pintores y hacian en una palabra cuanto hacen en nuestros dias los delegados del gobierno en los teatros subvencionados por el Estado.

En el año 545 de Roma, 207 ántes de nuestra era, tenia Plauto 17 años y entonces fué cuando se representó en Roma su primera comedia segun la comun opinion.

Eran ediles Q. Metello y C. Servilio, y ediles del pueblo Q. Mamilio y M. Cecilio Metello. A uno de ellos debió pues recurrir el jóven poeta para obtener la representación de su obra y para echar la base de su futura popularidad ó de su completo descrédito. — En aquel año se sucedieron afortunadamente para el poeta los acontecimientos y hubieron de ofrecerle mas de una oportunidad para su inauguración el favor de los dioses y las supercherias de los pontífices. C. Claudio Neron y M. Livio Salinator habian sido elegidos cónsules. A los tres dias se celebraron los comicios pretorios y despues tuvieron lugar los juegos romanos que duraron dos dias y los plebeyos en que se invirtieron hasta los cinco restantes.

Hacia mucho tiempo se venia hablando en Roma de grandes prodigios que tenian los ánimos consternados. A la sazón habia caído una lluvia de piedra en Veyes; el templo de Júpiter y el Bosque Sagrado de la diosa Marica en Minturno, así como una de las puertas de Atella habian sido heridas por el rayo. En Capua habia penetrado un lobo en mitad de la noche por una de las puertas de la ciudad y habia devorado al que la guardaba. Una abundante lluvia de piedras cayó también sobre el *Armillustro*, y finalmente el nacimiento de una criatura con el desarrollo propio de los cuatro años y de sexo incierto llenó á todos de espanto cuando los arúspices venidos al efecto de la Etruria declararon que era el prodigio de siniestro agüero. Estos acontecimientos que podian ser efecto de causas puramente naturales, exageradas por el interés de los pontífices y de los augures y por la supersticiosa credulidad del vulgo dieron no obstante lugar á solemnísimas fiestas expiatorias; entre las cuales aunque no haga mención de ellas Tito Livio en este lugar, se celebrarían indudablemente los fuegos *volivos* que en las guerras, en las pestes y en las calamidades en general, tenian por objeto aplacar la cólera de los dioses. A ser cierto pues que Plauto dió entonces su primera comedia al teatro, es muy posible que lo hiciese con ocasion de los juegos celebrados al advenimiento al poder de los nuevos cónsules, ó en los que sin duda tuvieron lugar con motivo de aquellos funestos acontecimientos.

Nos cuenta Tito Livio y esta ha sido la principal razon que hemos tenido para mencionarlos, que entre las ceremonias expiatorias ordenaron los pontífices que tres coros formado cada uno de nueve doncellas, recorriesen la ciudad cantando un himno compuesto por el poeta Livio. Hallábanse en efecto reunidas las 27 vírgenes ensayándose en el templo de Júpiter, cuando cayendo otro rayo en el monte Aventino, donde tenia su templo Juno Reina, y reputándose también este

acontecimiento como de mal agüero para las damas romanas, tuvo que suspenderse la proyectada ceremonia hasta que estas aplacasen á la diosa irritada contribuyendo cada una con una partecita de su dote para ofrecerle un gran vaso de oro y celebrando un puro y casto sacrificio. Después tuvo lugar aquella y en una procesion que salió del templo de Apolo y recorrió la via *Etrusca*, el *Velabrum*, el *Forum Boarium* y la cuesta *Publicia*, el coro de las 27 doncellas elegantemente vestidas con largas túnicas ejecutó un baile en el cual formaba cadencia el movimiento de los pies con sus purísimas voces al cantar aquel himno que segun Tito Livio *podría parecer digno de elogio á los rudos ingenios de aquel tiempo; pero que parecería ahora, añade, detestable é informe.*

De todos estos hechos parece deducirse que cuando Plauto hizo representar su primera comedia en el año 545 aun vivía el poeta Livio Andrónico, contra la opinion comun que supone acaecida su muerte, como hemos dicho en la introduccion, en 538 y que si no debe reputarse exagerado el juicio que Elio Sillón habia formado de Plauto y que citaba Varron, segun Quintiliano á saber: *Que las musas hubieran hablado su lenguaje á haber querido hablar en latin*, Plauto habia tenido ya á la edad de 17 años el talento insigne de hacer una revolucion en la poesia y en el idioma del Lacio, pues su comedia de los *Menechmos* que se supone ser la primera que hizo representar, sin duda por aquellos versos de su prólogo que anuncian lo que los franceses llaman *un debut*.

« Adporto vos Plautum lingua, non manu:  
» Quaso ut benignis adcipiatis auribus »

es una de las mas bellas entre sus comedias auténticas, y apenas deja comprender como puede ser coetánea de esas producciones que pasaron por detestables é informes en tiempo de Tito Livio. Preciso es convenir en que para colocarse Plauto á tanta altura y á tanta distancia de su contemporáneo el viejo Livio, hasta el punto de merecer ambos que se formen de ellos juicios tan distintos como los que formaron el gran Ciceron reputando indignas de ser dos veces leídas las obras dramáticas del segundo, el autor de las décadas y el del tratado sobre la lengua latina, debió ser uno de los hombres de mas ingenio que han sentado su planta en el parnaso latino y demostrar mayor precocidad que la que despues y entre nosotros, ha demostrado el gran Lope, el Fénix de los ingenios; pues si confiesa este que compuso comedias á los once y doce años tambien añadió hablando de todas:

« Y cuando he de escribir una comedia  
» Encierro los preceptos con seis llaves:  
» Saco á Terencio y Plauto de mi estancia  
» Para que voces no me den..... »

FERNANDO DE MADRAZO.

(Se continuará.)

## Revista de Paris.

El famoso anticuario de Walter Scott no ha podido curar de la manía que existe y ha existido de reunir con afan colecciones de objetos raros y curiosidades de origen equívoco, manía que para tantos hombres en el mundo es como si dijéramos una devocion. Dias pasados un parisiense ilustre por su nacimiento, y favorecido además por la fortuna, abría á sus amigos y conocidos una pequeña galería que conduce del comedor á una azotea cubierta de flores en la hermosa casa de campo que posee en los alrededores de Paris. Esta inauguracion habia reunido en su domicilio campestre á varios artistas, pues se trataba de juzgar unos cien fragmentos de bajos-relieves y de estatuas procedentes de las últimas excavaciones practicadas en las cercanías de Roma bajo la direccion de un cónsul extranjero. Nuestro aficionado se hallaba á la sazón en Roma, y habia comprado todo el producto de las excavaciones para adornar su espléndida residencia de verano.

El banquete que dió á sus convidados ántes de la inauguracion de su galería no habia dejado nada que desear; así sucedió que cuando aquellos penetraron en el santuario hallaron las esculturas admirables, dignas del primer museo de la Europa, etc., etc.; el parisiense se creyó poseedor de un tesoro colosal.

Sin embargo, á la otra mañana se dirigió á casa de uno de los convidados de la víspera, un artista célebre cuyo silencio en medio del coro general de alabanzas y lisonjas le habia producido cierta impresion. Quiso saber la causa de su reserva; el artista eludía la cuestion, pero viendo que insistía, le dijo:

— ¿Se empeña Vd. en saber la verdad?

— Seguramente.

— Pues bien, amigo mio, no queria decirlo, pero todas las antigüedades que Vd. posee son modernas.

— ¿Qué dice Vd.?

— Sí, modernas, no cabe duda en ello. Ha de saber Vd. que existen en Roma talleres clandestinos de escultura donde una porcion de obreros, por no decir artistas, trabajan en fabricar brazos rotos hasta el codo, cabezas de dioses, piés de sátiros y torsos deteriorados que no pertenecieron á ningún cuerpo. Se ha inventado un licor corrosivo con el que bañan esos fragmentos para darles las alteraciones y el color de la antigüedad mas inequívoca. Por la campaña de Roma se encuentran pastores que llevan sus reba-

ños á los alrededores de las ruinas esperando á los extranjeros á quienes hablan de hallazgos milagrosos; es una especie de empresa de ruinas artificiales que reporta cuantiosos beneficios, y Vd. ha sido una de las víctimas de esos bribones.

Veinticuatro horas despues la galería del noble aficionado habia desaparecido, y hoy esas famosas curiosidades adornan una gruta rústica en el rincon mas ignorado de su parque.

Cuéntase que un oficial superior inglés que salió para la Crimea á principios de este año dejó un testamento muy particular que está para ejecutarse. Prescribia en él que si llegaba á sucumbir en la campaña, su corazon habia de ser extraido de su cadáver y llevado á Exeter, sitio donde posee grandes dominios y donde se halla la sepultura de su familia. En un nicho preparado de antemano se habia de poner una estatua de madera, imágen fiel de su figura; en su interior se depositaria la caja de plomo con su corazon, y la estatua habia de llevar su uniforme y habia de colocarse en la misma actitud en que él recibiera la muerte, con la herida pintada y simulada. Para la conservacion de este maniquí y para el alumbrado perpetuo del asilo mortuario, consagraba cierta cantidad de dinero, todo por mandato testamentario.

El oficial se habia puesto de acuerdo con uno de los cirujanos de su regimiento para que buscara su cadáver, hiciera la autopsia, sacara el corazon y se le llevara á Inglaterra con el uniforme que debia vestir la imágen. Este cirujano, herido tambien en la accion del 18, pasó por Paris la semana última y ha contado la historia. El difunto deja la mitad de su fortuna á los oficiales de su regimiento que no posean cuatro mil libras esterlinas de capital, y que sobrevivan concluida la guerra. Lo demás es para su familia, bastante opulenta para que pueda sentir los últimos caprichos del miembro que ha perdido combatiendo valerosamente.

Un artista amigo nuestro acaba de traer de Alemania una preciosidad artística, un dibujo al lápiz de Dannhauser que representa al gran maestro Beethoven. Las circunstancias en que el artista alemán sacó este retrato de aquel hombre de genio son notables. Hé aquí los pormenores que dan sus biógrafos:

Por una suave mañana de primavera, el dia 26 de marzo de 1826, dos jóvenes pasaban en Viena por delante de la puerta de los Escoceses, vestidos ambos del mismo modo, levita negra y de mucho vuelo y sombrero bajo de alas anchas. Uno de ellos era bien alto de estatura, y sus cabellos castaños flotaban sobre sus hombros; el otro era pequeño y rechoncho y tenia los cabellos rubios y rizados.

Ambos jóvenes marchaban en silencio uno junto á otro. Todo el que se hallara al corriente de los trajes de Viena los habria reconocido al punto por dos pintores. Detuvieron en una casa donde vivió diez años despues el poeta Nicolás Lenau, entraron en el portal, subieron hasta el segundo piso y tiraron despacio de la campanilla.

Una criada anciana les abrió y cuando distinguió á nuestros dos artistas echó á llorar diciendo:

— Todo se acabó ya; ahora mismo Dios Nuestro Señor ha llamado á sí á mi buen amo; han debido Vds. encontrar en la escalera al médico que le ha cuidado durante su enfermedad y que le ha cerrado los ojos en este instante.

Los jóvenes aterrados por esta noticia se iban á retirar, pues habian logrado el objeto de su visita; en las últimas semanas de la vida de Beethoven todos los dias habian ido á su casa á informarse del estado de su salud.

— ¿No quieren Vds. entrar un momento para ver el cadáver de mi pobre amo? preguntó la criada enjugando sus lágrimas, y llevó á los pintores á una antesala por donde penetraron á un cuarto cuadrado, alumbrado por dos balcones que daban á la calle. En medio del aposento habia un piano cargado de papeles de música y de instrumentos; una caja empolvada con una porcion de libros encima, todo muy revuelto, se hallaba en un rincon de la pared de la izquierda, en la que habia pegadas inmensas bandas de papel rayadas con líneas irregulares y llenas de notas. Beethoven cuando componia tenia la costumbre de marcarlas con carbon.

En un extremo del cuarto á la derecha de la puerta de entrada estaba la cama donde yacia el cadáver.

— ¿Quieres que saquemos en barro el modelo de su rostro? dijo el moreno á su amigo, mientras este se inclinaba y besaba la mano del ilustre difunto que se hallaba tibia todavía.

El otro meneó la cabeza en señal de asentimiento. Pero ántes era preciso afeitarse la cara. El barbero á quien la criada fué á buscar pidió un ducado por su trabajo.

Nuestros dos amigos se miraron con asombro.

— Amigo mio, dijo en fin el mayor dirigiéndose al manco, no somos gente de ducados, no poseemos oro ni plata, cuando mas podrémos darte dos cuartos, que es el precio corriente en las barberías de Viena, como tú sabes. Además has de tener en cuenta la celebridad del difunto.

— Por afeitarse á un muerto es un ducado, contestó el mozo; no todos los dias se ofrece la ocasion de afeitarse cadáveres, y ménos no encontraréis á nadie que lo haga. Por lo demás, los cadáveres no son célebres, sobre todo el de un músico; saludo á Vds., señores.

Y sin otra cosa el tunantuelo irreverencioso echó á correr del cuarto.

— No le hace, prosiguió el moreno, esto no servirá de inconveniente para sacar nuestro modelo; voy á sacar mis navajas, y entretanto puedes dibujar al difunto.

El rubio, que era Dannhauser, se sentó en frente del muerto y comenzó á bosquejar su retrato. Su amigo Ranftel permaneció ausente largo tiempo, pues tuvo que ir hasta el arrabal Wieden, donde su padre, fabricante de cerveza, se hallaba establecido. Cuando llegó por fin al cabo de una hora encontró á su amigo tendido en un sillón con los bra-

zos cruzados sobre su pecho, la cabeza inclinada y los ojos fijos en el suelo del cuarto.

Así me gusta, exclamó Ranftel con una sonrisa irónica; eso es lo que se llama trabajar.

El otro conservó su actitud silenciosa limitándose á señalarle con un movimiento de cabeza á la vieja criada que estaba examinando junto á los cristales un papel que tenia en su mano.

— ¡Es él, clavado! exclamó el moreno tomando el retrato de manos de la criada; es él, Beethoven, pero no el muerto, sino el vivo; has hecho una obra maestra, inmortal como el genio que representa.

Y al decir esto corrió á su amigo y le estrechó con efusion entre sus brazos.

— En mi vida volveré á dibujar el rostro de un difunto, contestó este; es horroroso tener que examinar así un cadáver para sorprender en él los últimos vestigios del alma desvanecida.

La criada trajo agua caliente y nuestros dos amigos emprendieron valerosamente su tarea. — Ahora añadirémos que ambos se hicieron una gran reputacion, y que una muerte precoz les robó al arte que practicaron con un talento poco comun.

El bosquejo en cuestion es una obra tanto mas preciosa cuanto que el insigne maestro Beethoven tenia un horror señalado á la reproduccion de su imágen. Solo se conoce de él un busto por Hirschhaeuter, el escultor á quien se deben algunas estatuas pequeñas de varios hombres célebres alemanes. El busto fué hecho por un diseño copiado del natural por el difunto escultor Klein, conocido con el apodo de Corta-Cabezas, por la semejanza que daba á todos sus retratos.

Un dia frio y oscuro del mes de octubre, Klein atravesaba la plaza delante de la iglesia de San Carlos en Viena, cuando en una esquina cerca del templo vió sentado á Beethoven con las piernas cruzadas; sus cabellos canos flotaban al viento, pues se hallaba con la cabeza desnuda y no tenia el sombrero ni á su lado ni en la mano: sin duda se le habia llevado el aire, ó quizá en un momento de distraccion Beethoven habia salido de casa sin sombrero.

Al aspecto de ese hombre ilustre, dice el escultor, que creyó ver delante de sí á un leon irritado cuya melena levantaba la tormenta; una agitacion interior se reflejaba en sus ojos ardientes; los labios fuertemente acusados se hallaban cerrados por un movimiento doloroso, pero su mirada tenia una expresion de desden tan magnífica como indecible.—Sin embargo, en el busto á que nos referimos Beethoven conserva evidentemente las señales de esa expresion soberbia.

MARIANO URRABIETA.

## Correspondencia de la Crimea.

Delante de Sebastopol 7 de julio.

Desde el ataque de la torre Malakoff el 18 de junio, no ha habido accion ninguna. Segun dicen los desertores y los espías, se podia temer un ataque serio pues parece ser que el general Luders queria venir con 50,000 hombres á recobrar las obras del promontorio Verde á toda costa. Estas noticias aunque inverosímiles no eran de descuidar, y durante tres dias se redobló la vigilancia. Los rusos por su parte temen un nuevo ataque á cada momento. Los refuerzos que entraron en la plaza en los dias 15, 16 y 17 de junio no han salido, y además hace pocos dias atravesaron la rada 2,000 hombres para ir á la ciudad, de modo que en el dia la guarnicion es de 50,000 hombres, esto es, el doble que ántes.

Las obras se prosiguen con actividad; estamos concluyendo una nueva paralela que pasa delante de las Canteras, donde la quinta division ha encontrado abrigos al volver del ataque que la libertaron de experimentar mayores pérdidas. Esta paralela vuelve al rededor del promontorio Verde prolongándose á la derecha y hace frente á la torre Malakoff y á la pequeña Estrella. Terminada que sea se desembocará en zapa doble sobre la torre Malakoff y la pequeña Estrella.

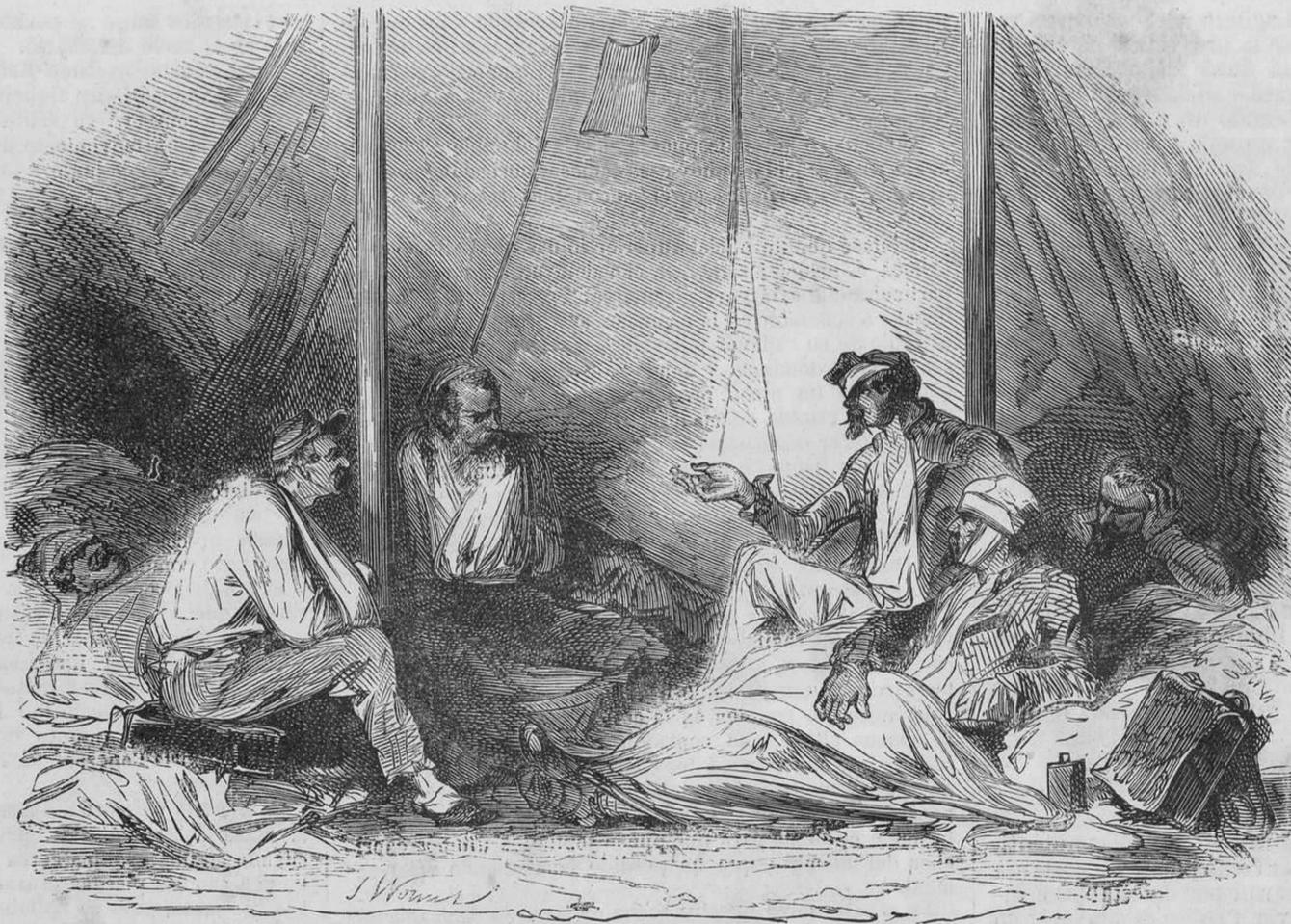
Por el lado de la Carena se construye una batería debajo de la antigua obra rusa llamada del Dos de Mayo. Esta batería impedirá que los vapores rusos se coloquen en frente de la bahía de la Carena y nos envíen sus fuegos.

Los ingleses no hacen nada de algun tiempo á esta parte, y se dice que obran así por orden superior; todas sus operaciones se reducen á destacar guerrillas por las noches. Se asegura que han renunciado al ataque de la Estrella grande, y que por esta razon no trabajan mas. Pero ¿qué harán si renuncian á eso? El caso es que entretanto se hallan instruidos en buenas barracas y pasan el dia haciendo ejercicios y oyendo la música; los oficiales siempre están á caballo.

A la izquierda los trabajos se llevan lo mas léjos posible. Ya estamos á 40 metros de los bastiones del Mat, del Centro y de la Cuarentena. El muro almenado que en un principio era casi la única fortificacion existente se halla casi demolido, pero detrás están las trincheras de tierra. Es probable que si se diera el asalto triunfariamos, pero se perderia mucha gente y se hallarian delante nuevas trincheras, pues en esa parte de la ciudad hay muchos terrenos vagos que los rusos han convertido en líneas de defensa sucesivas; además las calles tienen barricadas, y las casas están dispuestas para recibir cañones, por manera que tendríamos una repeticion del sitio de Zaragoza, pero en mayores

dimensiones : habría que ir ganando el terreno palmo á palmo. Por estas razones han cesado los trabajos á la izquierda, y todos los esfuerzos se dirigen hoy hácia la torre Malakoff y la pequeña Estrella. Allí está Sebastopol, puesto que si logramos apoderarnos de la pequeña Estrella, somos dueños de la batería de la Punta que está flanqueada y tiene que caer por sí, y entonces con pocos trabajos podemos establecer comunicaciones con la plaza. Entonces nuestra artillería podrá dirigir sus tiros sobre toda la rada, y echará á pique la flota que es el objeto principal que se proponen á fin de privar á la guarnición de sus comunicaciones con la costa Norte cercando así la plaza completamente. En ese caso hasta se podría prescindir de atacar la torre Malakoff y se esperaría á que la falta de víveres obligue á los rusos á rendirse.

Es casi seguro que tales son los proyectos resueltos, y hoy se puede decir sin indiscreción, puesto que dentro de pocos días se desembocará en zapa doble y entonces ya no habrá la menor duda sobre los puntos de ataque.



Una tienda de hospitalillo de sangre para seis heridos, delante de Sebastopol.

De esta manera se principia á entrar en las reglas del ataque de las plazas, reglas que no se habían podido seguir hasta hoy; pero también cuando se abran las zapas dobles principiarán las verdaderas dificultades

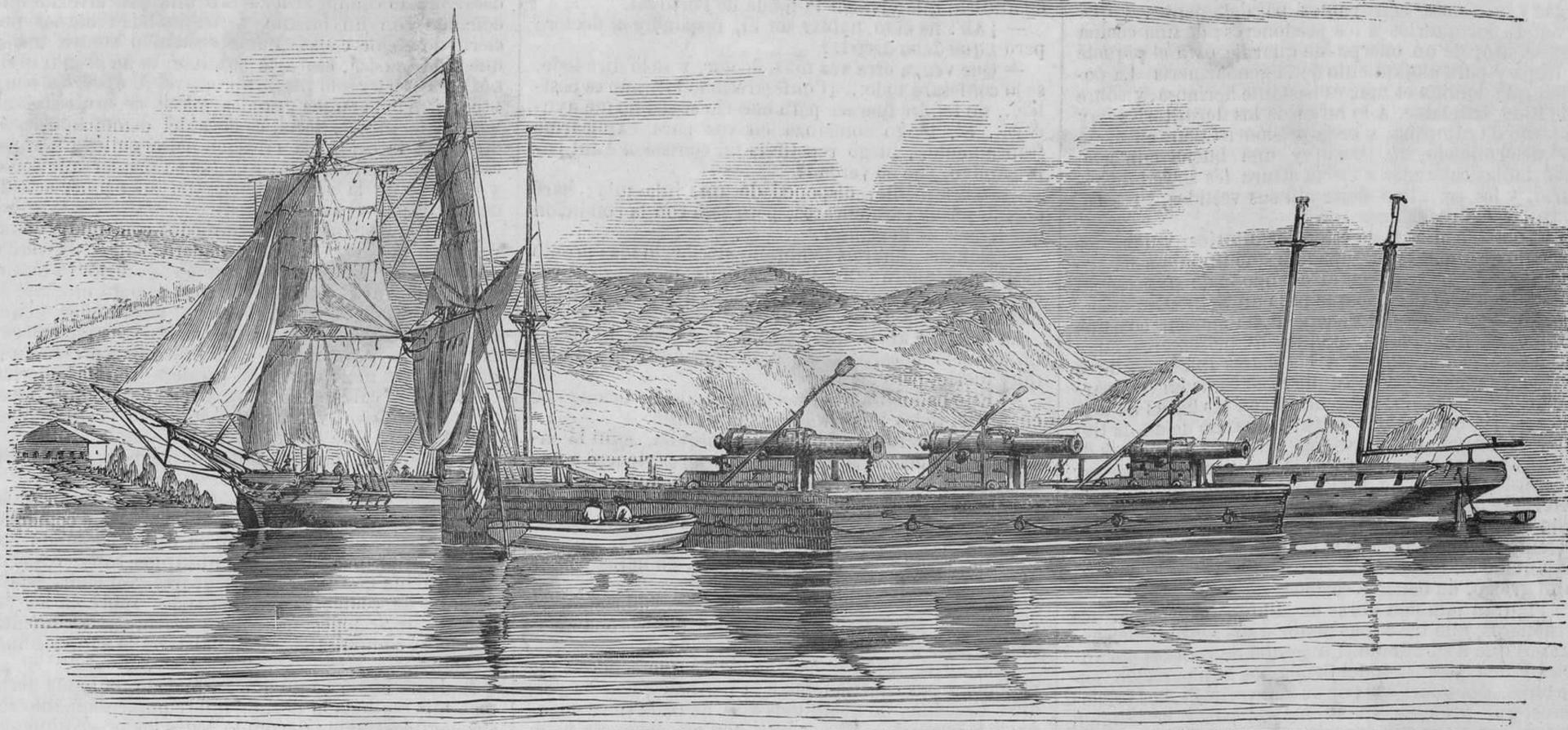
clada un poco hácia el Norte de Ienikaleh. Esta batería no era otra cosa que un enorme lanchon con tres piezas instaladas sobre cureñas movilizadas. Nada protegía á los artilleros ni á las piezas como se puede ver

des, pues en el sitio de una plaza ordinaria que siempre está cercada no se avanza sino á medida que el sitiador apaga los fuegos del sitiado, y cuando se baja á los fosos y se da el asalto, la artillería de la plaza debe estar reducida al silencio. Aquí las cosas pasan de otro modo; los rusos tienen á su disposición no solo el material de una gran plaza de guerra, sino el de una gran flota, de modo que cada vez que arman una batería tienen junto á cada pieza otra pieza que la reemplaza si se inutiliza. Con estos recursos y con la prontitud que tienen para remover la tierra, no es difícil prever que los rusos nos opondrán una resistencia muy grande y en las mejores condiciones. S-F.

— Entre los medios de defensa empleados por los rusos para la protección del estrecho entre Ienikaleh y Tscheskabank, donde existía una fuerte batería circular, había una batería flotante an-



Explosión de un arcon de la artillería rusa.



Batería flotante de los rusos delante de Ienikaleh.

en nuestro dibujo, y es difícil darse cuenta del uso que habrían podido hacer de esta máquina de guerra que infaliblemente habría sido destruida á los primeros cañonazos.

— Se han enviado nuevas tiendas para los hospitales de sangre del ejército; caben en ellas seis y doce

hombres y pueden abrirse al mismo tiempo por los dos lados laterales para que la ventilación sea completa. Son muy superiores á las antiguas tiendas turcas.

— Hé aquí, tomados del *Diario de los Debates*, algunos pormenores sobre los prisioneros rusos que han llegado hace poco tiempo al Havre:

« La llegada de los prisioneros rusos ha producido un sentimiento de interés y de curiosidad á la vez, y han desembarcado en medio de una considerable afluencia de gente. Creemos que serán leídos con algún interés los siguientes pormenores sobre la instalación y la organización de estos hombres en los arsenales de



Los prisioneros rusos y la bendición del pope en Tolon.

las fortificaciones. Sabido es que los prisioneros fueron divididos en dos fracciones, y dirigidos á los fuertes de Tourneville y de Sainte-Adresse. Los siguientes datos son relativos á los últimos.

» En lo alto de la vertiente de la parte Oeste de la costa de Sanvic hay un espacioso terreno rodeado de empalizadas: en este cercado, al que está prohibido acercarse, es donde están los edificios destinados á los prisioneros. Estos edificios se componen de dos salas largas y estrechas, construidas paralelamente, y que sirven de dormitorios á los prisioneros; de una cocina para su uso; de un cuerpo de guardia para el piquete de tropa y para alojamiento de la gendarmería. La posición que domina el mar es bastante hermosa, y sobre todo muy saludable. A lo largo de los dormitorios hay un lecho de campaña, y cada prisionero tiene en él un sitio determinado, un jergon y una buena cubierta. Unas tablas colocadas á cierta altura les sirven de armario, y les permiten dejar allí sus vestidos, su saco, su pan y sus utensilios.

» Es notable el aseo de estos dormitorios, y debemos hacer notar que la preocupación que imputa á los rusos una gran propensión al abandono de su persona, no está justificada con lo que pasa en Sainte-Adresse.

» En efecto, no solo tienen su habitación con una escrupulosa limpieza, sino que los prisioneros, cuya mayor parte pertenecen á las clases inferiores de la sociedad, manifiestan costumbres severas en este particular. Así, pues, dos veces al día, en las horas de descanso, se lavan repetidas veces; y cuando dejan de trabajar se les ve consagrar sus primeros momentos de libertad á limpiarse, á lavarse, á cepillarse y á reparar el desorden de su traje. En los dos extremos de cada dormitorio se observa un sitio reservado á los objetos del culto: son estas planchas de cobre estampado que representan escenas de piedad; cuadros, uno de los cuales pintado en madera, de algún mérito, y cruces del culto griego, de lienzo ó cortadas de papel plateado.

» Figuran también obras de dibujo hechas por los prisioneros, que hace mas honor á sus sentimientos religiosos que á su talento. Un grupo de cabezas de ángeles y una Ascension del Señor nos han parecido, entre otros, tipos curiosos por su naturalidad. Los prisioneros, que profesan en su mayor parte la religion griega, practican sus devociones por la mañana, por la noche y el domingo delante de esos emblemas.

» Al salir de los dormitorios hemos visitado la cocina. Esta es un pequeño espacio que contiene un hornillo, en el cual se hacen tres hogueras bastante grandes. La comida de los prisioneros está preparada por cuatro de ellos. Se compone de lo ordinario del soldado, es decir, sopa y carne á las nueve de la mañana, y la misma ración á las seis de la tarde.

» Añadirse probablemente un plato de legumbres que los prisioneros pagarán á cuenta del producto de su trabajo. Debemos hacer mención de la excesiva limpieza de la cocina en la cual todos los utensilios están brillantes y perfectamente cuidados.

» El día de trabajo para los prisioneros comienza en esta estación á las cinco de la mañana, y concluye á las seis de la tarde. Dos horas de descanso se les conceden, de nueve á diez y de dos á tres.

» El domingo se consagra al descanso y á los ejercicios religiosos. Once de estos prisioneros son católicos-romanos. El domingo último han asistido á la misa en la iglesia de Sanvic, bajo la inspección de un vigilante. Cuatro son protestantes.

» El gobierno francés concede á los prisioneros rusos un sueldo suficiente, del cual una tercera parte se destina para el gasto ordinario, otra tercera parte para el fondo comun, y la otra parte para el bolsillo.

» Pero la posición de los que trabajan se mejorará todavía, puesto que se les concederá, según se cree, á título de paga, 40 céntimos para los obreros, y 60 ídem para los vigilantes. Los prisioneros parecen ser buenos trabajadores; cumplen su tarea con cuidado, y no desperdician el tiempo. Están también muy tranquilos y obedientes. La lista que se les pasa mañana y tarde en las cuadras está al cuidado de la gendarmería. Los vigilantes pasan revista á su escuadra, y esta operación se verifica con un orden y una prontitud extremadas.

» Solo un prisionero de los del fuerte Sainte-Adresse habla el francés de manera que pueda comprenderse. Sirve de intérprete á sus compañeros y á la autoridad para todas las reclamaciones y necesidades del servicio. Es un joven cadete, cogido en Bomarsund, y alumno de una escuela militar. La guardia y la vigilancia de los alojamientos ocupados por los rusos están confiadas á un destacamento de cuatro gendarmes, al mando de un aposentador, y un piquete de ocho hombres de línea.

El diario francés concluye congratulándose de la humanidad con que son tratados los prisioneros, humanidad que, según repetidas cartas de los aliados, á quienes ha caído igual suerte, está superabundantemente recompensada desde el principio de la guerra por parte de los rusos.

### El secreto de la Bianetti,

POR HAUFF.

(Continuacion.)

Aquí la enferma abrió los ojos; miró alternativamente al doctor y á la criada, pero sin detenerse en ellos.

— Se ha marchado, murmuró, y para siempre. Doctor, sois tan bueno que quisiera pedir os un servicio.

— Hablad.

— Id á casa de M. Bolné.

— ¡M. Bolné! ¿qué queréis de mi pobre hija, hija mia? Bastante le ha conmovido ya vuestra historia; está en cama, enfermo, ¿en qué puede servir os?

— No, no me comprendéis; es M. Boloni, el profesor de música, que vive en la fonda de Portugal.

— ¡Ah! he oído hablar de él, respondió el doctor; pero ¿qué debo decirle?

— Que venga otra vez mas, doctor, y se lo diré todo, se lo confesaré todo... ¡Confesádselo todo!... no es posible... no tendré fuerzas para hacerlo si vos no me ayudáis... Sí, tengo confianza en vos para explicarme francamente... luego repetiréis mi confesion á mi pobre amigo, ¿no es verdad?

— Ciertamente, disponed de mí, hija mia; haré cuanto pueda para curaros, pero será con la condición que habeis de descansar.

— Mañana vendréis temprano, doctor, lo mas pronto posible; sí, ahora estoy muy cansada, lo conozco. Gracias, mi buen doctor, mil gracias. ¡Ah! una palabra mas; Luisa, da á este caballero su pañuelo.

La doncella abrió una cómoda y entregó al doctor un pañuelo encarnado de seda que esparcía un olor muy fuerte, pero agradable.

— Este pañuelo no me pertenece, dijo M. Lelong; os engañais, todos mis pañuelos son de hilo.

— Sin embargo, respondió la doncella, aquí le encontramos anoche, junto al sillón; no pertenece á nadie de la casa, y solo vos habeis entrado aquí.

El doctor iba á decir ya: «A menos que no sea del asesino,» cuando sorprendió las miradas de la cantatriz que manifestaban una profunda sorpresa.

— Enseñadmele, dijo con ansiedad, no habia pensado aun en esa circunstancia.

Y tomó el pañuelo, le examinó, y descubriendo en una de sus puntas una P gótica con una corona encima, se puso trémula.

— Señorita, dijo Lelong, me parece que conocéis ese pañuelo y por consiguiente á la persona que le ha perdido. Creedme, no disimuleis mas, de nada sirve engañar á la justicia. ¿Me permitis que me lleve esa pieza de convicción y que haga uso de ella?

La Bianetti se mostró indecisa, pero al cabo alargó el pañuelo al facultativo.

— Os le entrego, dijo; el asesino volverá sin duda y me clavará el puñal con mano mas firme, pero á lo ménos habré cumplido con mi deber. Tomad ese pañuelo, doctor, y haced de él el uso que gustéis; mañana lo sabréis todo.

Fácilmente se comprenderá lo mucho que estos sucesos preocupaban al doctor Lelong. Todas sus visitas eran otras tantas cargas para él en la ocasion presente, y si era muy de su gusto charlar á menudo con algunas hermosas damas afligidas de vapores, pues su parroquia se componia principalmente de personas de la alta sociedad, ahora se hallaba dispuesto á descuidarlo todo á riesgo de tener que sufrir las reconvenciones de abandono y de insensibilidad que no dejarían de prodigarle á su vuelta á las casas. Pero esto le importaba poquísimo al doctor, y ciertamente se habria sustraído desde aquella mañana á la impaciencia de mas de una señora noble, si no hubiese visto en esas visitas un medio de defender á su protegida en las casas de la aristocracia, ó al ménos de ponerse al corriente de todas las noticias que circulaban sobre la Bianetti. Quizá lograría saber alguna cosa del joven maestro que parecia ejercer grande influencia sobre la cantatriz y cuyo conocimiento habia hecho de un modo singular. Hubo de resignarse pues, y dió sus paseos por las casas como de costumbre antes de llegar á la de su enferma.

El doctor no quedó muy satisfecho de sus peregrinaciones por los salones, ó mejor dicho, por los gabinetes de la capital. Cuando pronunciaba el nombre de su protegida se encogian de hombros, y la juzgaban tanto peor cuanto que largo tiempo estuvieron privados del maligno placer de hablar mal de ella. Los envidiosos, los detractores (¿qué artista no los tiene si es joven y bonita?) sus detractores se mostraban contentos de la desgracia que le habia sucedido, y al contar los hechos deslizaban observaciones y retenciones calumniosas. Los indiferentes decían:

— ¿Qué queréis? así son todas las italianas; una hija de Gerolstein no tendrá jamás tales antecedentes.

Sus amigos la compadecían, pero en silencio, pues mas temían por su buena reputacion que no se atrevían á defender, que por su salud de que hablaban en demasia.

— ¡Pobre muchacha! exclamaba el doctor resuelto á defenderla á toda costa.

El profesor de música era hombre muy poco conocido. No se sabia nada de él, ni bueno ni malo. Habia llegado á Gerolstein hacia seis meses, habia alquilado una guardilla en la fonda de Portugal, y vivia muy retirado consagrándose á su arte. Algunas lecciones de canto y la venta de sus composiciones musicales le producian lo suficiente para cubrir sus necesidades. Todos los que se habian hallado en contacto con él, le habian reconocido cierta exaltacion enfermiza y ciertas maneras estrambóticas, pero los que le habian tratado con alguna intimidad convenian en que estaba dotado de un corazon sencillo y tierno y de una inteligencia superior.

Su conversacion de formas bruscas y desordenadas

estaba sembrada de agudezas y chispas de genio que permitian apreciar el valor del hombre. Su arte era su tema favorito, y mas de un aficionado á la música habia tomado la costumbre de ir á comer á la mesa redonda de la fonda de Portugal solo por tener el gusto de hablar con el maestro italiano. Pero aun los que se hallaban mas en contacto con él, decian que sus palabras rayaban á veces en la locura.

De este modo pues, la víspera por la noche habia desarrollado con un ardor febril una tesis favorita que defendia con un talento y originalidad dignas por cierto de mejor causa. Habia sostenido contra todos, que si la música, ese arte sublime, es de origen divino, ese carácter solo puede apropiarse al canto del hombre, sobre todo en las grandes masas de orquesta. La voz de la mujer, decia, es obra del demonio, el producto de la caída, la creacion del orgullo. En el paraíso Adán cantaba solo; Eva fué su primer auditorio, y el canto de la mujer nació con su primer acto de desobediencia al Todopoderoso.

— ¿Y cómo podia ser de otro modo? continuó; ¿dónde reside en la naturaleza la verdadera belleza, la verdadera fuerza? ¿No es el león el que ruga mejor? ¿brama la cierva como el ciervo? Y en el mundo inocente de los pájaros ¿no es el macho, según dicen todos, el que tiene el plumaje mas brillante, la voz mas melodiosa? Las mujeres y lo que de ellas procede representan el principio del mal; desde la primera, son las eternas causas de la caída siempre renovada del hombre, emanacion primitiva, verdadera y única de la Divinidad.

Nadie sabia que Boloni tuviera un amigo íntimo, y sus relaciones con la cantatriz eran ignoradas de todos.

Antes de cerrar la lista de sus visitas, el doctor quiso ir á casa de su amigo el juez del tribunal de comercio, á quien halló muy abatido en la cama contando con voz doliente una porcion de absurdos sobre cosas de que no tenia costumbre de ocuparse. Su cama estaba cubierta de códigos, de comentarios sobre la ley penal, de colecciones de causas célebres, documentos que leía, compulsaba y estudiaba con la atencion mas ansiosa.

Madama Bolné contó que su marido no habia hecho mas que eso toda la noche, interrumpiéndose solo con sus gemidos. Habia devorado todos los procedimientos seguidos contra los inocentes que habian perecido en el cadalso, y cuando el médico se acercó á él y le preguntó como estaba, el enfermo se engolfó en una disertacion muy larga sobre las ventajas de la legislación antigua. Los procesos duraban diez años, pero al ménos habia tiempo para que el acusado demostrara su inocencia, lo que en el dia no es posible, pues hoy cogen á uno, mañana le juzgan y al otro le ahorcan.

Por fin el doctor pudo llegar á casa de la cantatriz, y la encontró anonadada, como si para ella hubiera desaparecido ya toda esperanza de felicidad en este mundo. Sus ojos estaban hinchados, sin duda habia llorado mucho. La herida se cerraba perfectamente, pero á medida que el cuerpo parecia reanimarse, el alma perdía energía y vida.

— Doctor, le dijo, he reflexionado mucho en la promesa que os hice ayer; ¿que extraña casualidad quiere que vuestra vida se mezcle con la mia? No os conocia; casi ignoraba que hubiera en Gerolstein un doctor llamado Lelong, y ahora que la desgracia me hiere tan cruelmente, Dios para consolarme me envia un amigo paternal y afectuoso.

— Señorita, repuso Lelong, el médico tiene otros deberes que llenar que los de tomar el pulso al enfermo, curarle sus heridas y recetarle sus medicamentos. Cuando estamos como yo ahora sentados junto á la cama de un enfermo en el cual oímos el pulso del alma que late con mas agitacion que el de las venas; cuando queremos profundizar llagas que nadie ve, entónces el médico se vuelve pronto un amigo, y la maravillosa union que existe entre el alma y el cuerpo ejerce también su union íntima y rápida sobre esas súbitas amistades entre el hombre del arte y su enfermo, amistad mas sincera y durable que las amistades contraídas en el torbellino de la vida mundana.

— Teneis razon, dijo Giuseppa tomando la mano al doctor; yo creo que también mi alma ha encontrado su médico; pero cuidado con lo que haceis, vuestra tarea será pesada. ¿Quién sabe? quizá tendréis que representarme ante los jueces; si queréis someteros á esas tribulaciones para socorrer á una pobre mujer sin apoyo, no os disimularé nada.

— Estoy resuelto á todo, contestó el doctor estrechando la mano de la enferma que habia conservado entre las suyas.

— Reflexionadlo bien, continuó la cantatriz; el mundo me acusa, me juzga y me condena. Si las altas señoras á quienes visitais, si la corte, si el público os designan como el único que se ha declarado en mi favor, esto es, en favor de la infame italiana, la actriz perdida de reputacion, ¿os atreveréis á soportar esas acusaciones?

— Haré callar la boca á todo el mundo, repuso el doctor con voz firme; hablad, os escucho.

— Mi padre, dijo la cantatriz, era Antonio Bianetti, un violinista famoso que quizá habeis conocido, al ménos de nombre, en vuestra juventud, pues su reputacion se hizo europea por los conciertos que dió en la mayor parte de las capitales y de las grandes ciudades del continente. Mis recuerdos alcanzan hasta la época en que habiendo cumplido cuatro años me hacia cantar escalas que él repetia en su violin. Parece que yo no mostraba malas disposiciones, porque mi recompensa

ordinaria consistía en una larga cantidad de besos. Mi madre también fué en su tiempo una artista de mérito; regularmente acompañaba á mi padre en sus conciertos. Cinco años tenía yo cuando mi padre murió en un viaje, y como había vivido en el descuido de todo buen artista, nos dejó en el mundo sin recursos.

Mi madre se vió obligada á ganar nuestra vida continuando sus peregrinaciones musicales, y de ese modo trabó conocimiento con un hombre, mucho más joven que ella, músico también, y que parece que en un principio la demostró un amor muy grande, aunque después se vió que se había casado con ella para sacar partido de su voz.

Nombrado director de orquesta en una ciudad pequeña de la Champaña, fuimos á establecernos allí; pero ¡ay! entonces principiaron nuestras verdaderas desgracias.

Tres niños nacieron de este matrimonio, y mi pobre madre perdió tan completamente la voz que hubo de renunciar al ejercicio de su arte.

El gran recurso que daba de comer á la familia se halló así suprimido, pues los conciertos de mi padre político tenían buen éxito solo por el talento de mi madre.

Desde aquel instante la maltrató y la tiranizó en sus más caros afectos. A mí me negó todo alimento hasta que hallara un medio de explotarme. Mi martirio fué cruel; principiaba con la luz del día. Mi perseguidor me hacía aprender sin tregua ni descanso las piezas más arduas de Mozart, de Gluck, de Rossini y de los otros grandes maestros de la música, y luego el domingo me llevaba al concierto, y allí delante del público, víctima coronada de rosas, yo debía cantar con la sonrisa en los labios lo que había aprendido. Me cubrían de aplausos y felicitaciones que mi padre acogía con miradas hipócritas y mi madre con lágrimas en los ojos. ¡Ay! doctor, á la edad de diez años la pobre Fifina (así habían metamorfoseado mi nombre de Giuseppa), la pobre Fifina se había vuelto una de esas infortunadas maravillas en pequeño que por su desgracia la naturaleza dotó de un buen talento.

Como mi historia hay muchas; tantos golpes por una nota falsa, tantas horas en ayunas por una entonación perdida.

Mi madre no pudo resistir á tantos dolores; su vida se fué con sus lágrimas gota á gota; una mañana de primavera la encontramos cadáver.

¿Qué más diré? Mis padecimientos que no creía yo pudieran agravarse, me aniquilaban hasta el punto de que á veces pensaba en el suicidio. Sin embargo, era bien joven, ¡y en esa edad la muerte es tan espantosa! Pero nada es comparable con mis penas; llevaba el cuidado de la casa, tenía que educar á mis hermanos y hermanas, y tenía que cantar continuamente: ¡qué horror! ¡el infierno carece de tormentos semejantes!...

(Se continuará.)

Á LA NIÑA...

DESDE MI TARTANA.

Niña hermosa,  
La trigüeña  
Caraqueña,  
Linda flor!  
¿Quién pudiera,  
Suplicante,  
Ser tu amante  
Pescador?

Ven á bordo,  
Dulce niña!  
La campiña  
De azahar  
Nada vale  
¡Vive el cielo!  
Junto al velo  
De la mar.

Por tus aves  
De colores,  
Por las flores  
Del pensil,  
Olas tengo,  
Leves tules,  
Mas azules  
Que el añil.

Cuando arrastre  
La corriente  
La simiente  
Del maíz;  
Verás cómo  
Se alborota  
La paviota  
Tropical.

Tengo brisas  
Gemidoras,

Tengo auroras  
Sin igual;  
Y, batiendo  
Las espumas,  
Tengo plumas  
De coral.

Corre, niña:  
Mi Tartana  
Luce ufana  
Su pendon  
Ven á bordo,  
Caraqueña,  
Que es risueña  
La estacion.

Tú no has visto  
Los dorados  
Arjentados  
Con el Sol;  
Ni un pesquero  
Purpurino,  
Ni el marino  
Caracol. —

De mi lago  
Por la siesta  
Con tu cesta  
De abedul,  
Buscarémos  
En el agua  
La piragua  
Del gandul. —

Comprástele  
Sus juguetes  
Y copetes  
De paují,  
Rudo adorno,  
Pobre gaje  
Que el salvaje  
Vende allí. —

Si otras tierras,  
Niña, estimas,  
Otros climas  
Tú verás,  
Y el rugiente  
Mar de Europa  
Viento en popa  
Cruzarás. —

Que camino  
Nunca pierde  
Por la verde  
Soledad  
Mi Tartana,  
Mas ligera  
Que la fiera  
Tempestad.

Hasta el polo  
Subiremos;  
Bien podemos  
Ir los dos —  
Deja, deja,  
Bella niña,  
Tu campiña;  
Díle adios.

J. R. YEPES.

El perdón de Auray (Morbihan).

24 de julio.

Por los años de 1624 vivía en la aldea de Keranna un cristiano ferviente llamado Nicolásik. Este buen labrador mientras guiaba sus bueyes por las tierras repetía sus oraciones á santa Ana, y las palabras sagradas le facilitaban el trabajo de sus faenas campestres.

Los campos del Boceno se cubrían de espigas tan apiñadas como las ondas del mar pequeño (Mor-Bihan). Si la nube cargada de granizo se paraba encima, al punto resonaba la campana de Pluneret y esa voz del bronce bautizado obligaba á la nube á seguir su camino; si los brujos querían extender su mano hácia los surcos para impedir que granaran los trigos, una fuerza invisible les partía los brazos, y cuando iban con la sogá encantada para robar las gavillas de mieses, la cuerda solo cogía la cizaña. Por eso muchas personas repetían en la comarca que el Boceno era un pedazo de tierra del paraíso terrenal donde Dios se había olvidado de echar su maldición.

Pero Nicolásik conocía la verdad; sabía que diez siglos ántes se elevaba en aquel sitio una capilla consagrada á santa Ana y que el Boceno había permanecido bajo la protección de la madre de María.

En efecto, el cielo no tardó en mostrarle varias señales.

Cuando volvía por las noches de invierno á orilla de las laderas, una luz parecida á la del cirio pascual marchaba delante de él, llevada por una mano invisible; en vano las ráfagas del mar gemían en las laderas, quebrantaban las encinas y se engolfaban en las casas de los kuriganes (1), la llama de la antorcha misteriosa permanecía inmóvil y esparcía á lo lejos un perfume de incienso. Otra vez que llegaba á la puesta del sol al borde de la fuente, distinguió sobre las aguas una mujer aérea cuya frente se coronaba con una auréola, y una voz interior había advertido á Nicolásik que era su divina patrona.

Asustado quiso consultar al cura, y se lo dijo todo en confesión, pero el doctor Silvestre Roduez era un hombre vano de su ciencia, que creía que el Sinaí era solo accesible á los doctores, y reprendió severamente al labrador.

— Los santos no se muestran á ignorantes como tú, le dijo.

Y Nicolásik se fué triste y humillado.

Sin embargo, llegado al Boceno tuvo una nueva visión. En medio de las tinieblas que le rodeaban, se oían á lo lejos cantos confusos; un rumor inmenso parecía tomar incremento y acercarse á él como el ruido que produce el mar en la marea alta; luego de súbito se esparció una luz, y entonces un espectáculo milagroso hirió las miradas del breton.

A derecha é izquierda, por delante y por detrás se adelantaba una muchedumbre innumerable; la tierra temblaba bajo las olas de aquel mar animado; venían vestidos con todos los trajes del universo y se encaminaban hácia Keranna para adorar á la santa patrona. Nicolásik miraba sin comprender cuando santa Ana apareció entre una nube y le dijo:

— No temas nada y óyeme: Dios quiere que me rindan culto en esta tierra del Boceno. Hoy hace noventa y cuatro años y ocho días que la capilla que erigieron aquí bajo mi invocación fué derruida; yo vengo á mandarte que la reedifiques; busca mi imagen y colócala ahí para la salvación de los cristianos.

La aparición se desvaneció, pero había dejado en el corazón de Nicolásik una fe invencible. Al punto corrió á reunir á sus vecinos; una estrella marchaba delante de él visible para todos los fieles, mas no para los impíos, que condujo á la muchedumbre hasta el Boceno donde se apagó en la tierra. Se hizo una excavación en el sitio donde había desaparecido, y ¡oh milagro! la imagen de santa Ana se muestra súbitamente bajo el azadon, resplandeciente de luz.

« Así dice la leyenda, se volvió á encontrar la estatua milagrosa de santa Ana de Auray, en el campo de Boceno en Keranna, parroquia de Pluneret, el 24 de julio de 1625. »

Nicolásik construyó primeramente una capilla muy pobre. El ojiacanto y la retama en flor eran sus únicos adornos, pero su fama se extendía ya por toda la Bretaña. De Dul á S. Pol de Leon, los afligidos ó los enfermos corrían á orar á la santa, y todos se volvían curados ó consolados. Las paredes de ramas de la choza estaban ocultas ya por las ofrendas que probaban los milagros consumados. Había llegado el momento de ensanchar el santuario maravilloso, y Nicolásik recibió de nuevo un aviso divino.

Le pareció que veía ángeles que bajaban del cielo con piedras azules que iban colocando hábilmente como si fabricaran una iglesia majestuosa. Era el modelo divino de la que Dios pedía para santa Ana á la piedad de los fieles.

Su forma y todos sus pormenores quedaron impresos en la memoria de Nicolásik, que fué anunciando por todas partes la orden bajada del cielo, y solicitando las limosnas del pobre y del rico para cumplirla.

La Bretaña entera conmovida á la voz del pobre labrador de Keranna, se levantó para realizar su obra ideal. Las cuadrillas de picapedreros llegaban por todas partes; los caminos se hallaban cubiertos de carros que llevaban en ofrenda madera, piedra y hierro. Hasta las viudas más pobres separaban algunos denarios para el santo edificio.

Por fin el templo salió de la tierra, se elevó y creció como un árbol inmenso; echó todas sus ramas, todas sus hojas de piedra, y al cabo el más joven de todos los trabajadores puso en lo alto la cruz que debía anunciarla de lejos á los peregrinos.

La inauguración se efectuó con una pompa maravillosa. Todos los nobles de la provincia acudieron vestidos de terciopelo y con su espada de puño de oro; los labradores nobles llevaban vestidos de lienzo y espada de guarnición de hierro. Seguían las jóvenes vestidas de blanco y sembrando de flores el camino. El rey Luis XIII y su madre enviaron sus senescales y consejeros; iba también el duque de Montbazón con una reliquia de santa Ana en una urna de cristal con cercos de oro; y los capitanes de la guardia real con el estandarte de las armas de Francia y de Austria. Cerraban la marcha los aldeanos guiados por Nicolásik con la bandera de su patrona.

Esta fué la primera fiesta que se celebró en honra de santa Ana de Auray. Las indulgencias distribuidas á los fieles con este motivo la hicieron dar el nombre de perdón, que es el que se usa para las demás fiestas patronales de la Bretaña.

Este perdón se celebra todos los años en la capilla sagrada cerca de la fuente milagrosa el 24 de julio,

(1) Los kuriganes son unos enanos que, según la tradición bretona habitan bajo las piedras druídicas llamadas por los aldeanos armóricanos *casas de los kuriganes*.

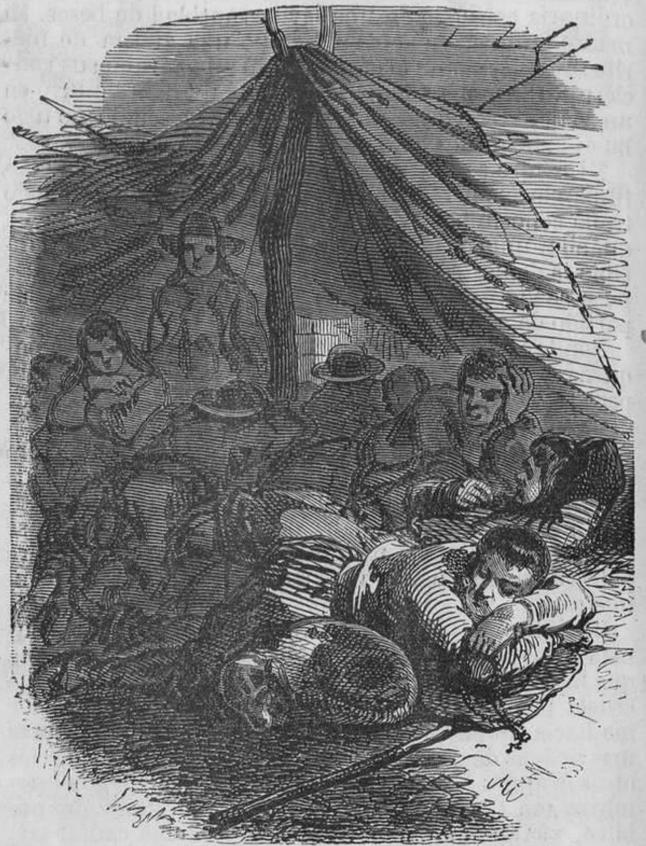


Llegada de los peregrinos á Santa Ana de Auray.

dia aniversario del descubrimiento hecho por Nicolasiik.

Es la romería mas famosa de toda la Bretaña, que atrae hácia los arenales de Ploeren millares de viajeros del país de Treguier, del Leonés, de Cournouaille y sobre todo del Morbihan. Cada obispado, cada parroquia se reconoce en la vestidura; á veces se cuentan muchos centenares.

Esa muchedumbre de peregrinos llega por todas partes, los unos llevando en el sombrero una espiga de trigo cogida en un surco, los otros con un junquillo en flor, todos cubiertos de polvo, jadeantes, pero con el rostro iluminado de gozo, pues acuden allí á dar gracias por un beneficio ó á obtener la realizacion de una esperanza. Aquel largo tejado cuyas pizarras ven chispear desde muy léjos, aquella torre cuadrada, aquella linterna con vidrieras, es para ellos la Meca armoricana. Todo el que una vez en su vida ha visitado aquel recinto sagrado, se lleva de allí indulgencias que le aprovecharán hasta la sepultura. Arrodillado á los piés de la santa le confia sus secretos deseos, que á menudo carecen de nombre en las lenguas humanas. ¡Qué confesiones tan extrañas! ¡Cuántos deseos imposibles



Campamento de los peregrinos.



La taberna ambulante.

*Pèlerinage  
à S<sup>te</sup> ANNE D'AURAY  
sortie de la Procession*

de realizar! ¡Cuántas súplicas locas ó culpables! Pero la patrona sabe distinguir y elegir, y concede á cada uno segun el mérito de sus obras.

Sin embargo, todos se levantan satisfechos, pues todos creen y confian; la prudencia humana solo les daria una probabilidad, pero la fé sencilla les da la esperanza.

Muchos peregrinos llegan la vispera, y aun la antevispera del perdon. Entónces hay que acamparse debajo de los árboles, en los arenales, al borde de los charcos; cada cual se establece segun su riqueza ó su industria. Se encienden hogueras y se forman grupos. Al ver esos trajes de otro tiempo, esos cabellos largos, esos rosarios arrollados en manos callosas, esos garrotes (*penbaz*), únicas armas permitidas en los pasados siglos á los plebeyos, esos rostros alumbrados por la llama, se creeria tener delante un bivaque de aldeanos en la edad-media, arrojados de sus aldeas y reunidos en los sitios desiertos conspirando contra sus señores.

Y recorriendo los grupos uno por uno la ilusion será mas completa todavia. Allí nadie habla de las preocupaciones de nuestros dias; cuando mas se oirá dar gracias á Dios de la cosecha que dora la campiña y



La venta de velas y rosarios.



La fuente milagrosa.

de la abundancia de las frutas, pero regularmente se eleva una voz que cuenta un milagro ó recuerda una leyenda.

Estas leyendas repetidas y comentadas abrevian el tiempo que tienen que esperar los peregrinos. Algunos se distraen en la taberna ambulante donde corre la sidra y el vino que prueban tiñendo con él un pedazo de la manga de la camisa; si la mancha es espesa y azulada es bueno el vino.

El perdon principia con la venta de las velas y los rosarios indispensables á los peregrinos; luego viene la visita á la fuente milagrosa donde Nicolasik vió por primera vez la imagen de la santa patrona; las aguas distribuidas entre los fieles deben curarles ó preservarles de todos los males.

Este culto de las fuentes es general en la Bretaña al colocarlas bajo la proteccion de los bienaventurados, el cristianismo ha perpetuado las costumbres paganas santificándolas.

Por fin llega la hora de la ceremonia religiosa; todos los peregrinos acuden para asistir á los oficios, y nada puede dar una idea de la grandeza de este espectáculo.



La procesion dando la vuelta á la iglesia, de rodillas.



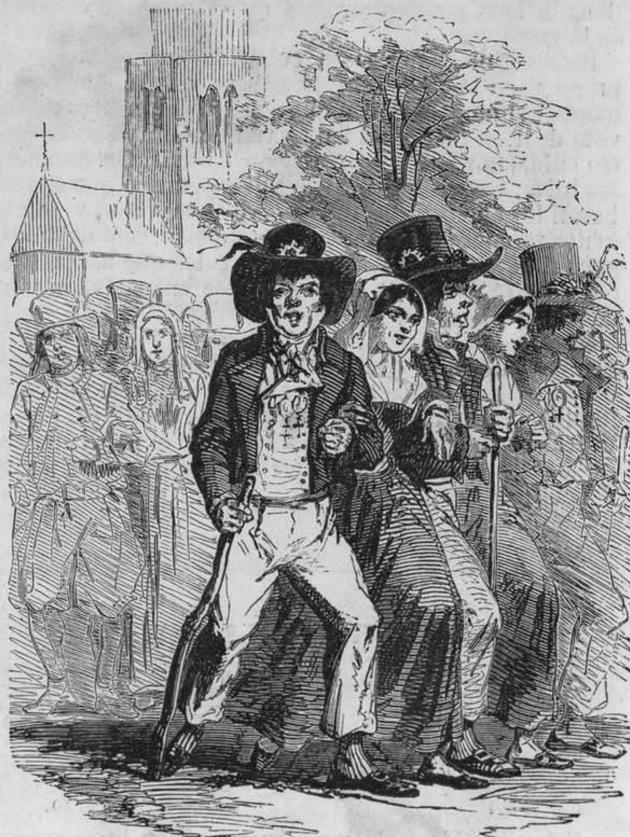
*S<sup>te</sup> Anne d'Auray.*  
**LA GRAND' MESSE**  
*à la S<sup>te</sup> Chapelle*

Una muchedumbre inmensa se halla de rodillas delante de la iglesia; todos, hombres, mujeres, niños y viejos están allí, la frente descubierta y en un piadoso recogimiento, mientras en lo alto de una tribuna exterior adonde se llega por dos escaleras, celebran el servicio divino los sacerdotes. Tan profundo es el silencio de la multitud que solo resuenan en el espacio las palabras sagradas, y allí donde la distancia no les permite llegar, el sonido de la campanilla de los niños de coro va señalando todas las fases del oficio, de modo que durante algunos instantes aquellos millares de hombres entregados un minuto á sus intereses individuales no tienen mas que una sensacion y una voluntad.

Despues del servicio religioso principia la gran procesion al rededor de la iglesia; esta es la parte mas interesante del perdon. Allí van todos aquellos que se han libertado de algun peligro por la intervencion de santa Ana, los unos arrastrando los restos del buque en que escaparon del naufragio, aquellos con la mortaja que ya les habian preparado; los cojos llevan al hombro las muletas que ya les son inútiles, y los que se vieron



Ofrendas á Santa Ana por la cura y el naufragio.



Marcha de los peregrinos despues de la fiesta.

encerrados en un incendio la cuerda ó la escala que les arrancó de las llamas.

Pero entre todos esos pupilos de la santa patrona se distinguen los marineros de Arzon, los descendientes de aquellos que santa Ana preservó de los cañones de Ruyter, que marchan con la cruz de plata de su parroquia y el modelo de un buque de setenta y cuatro empavesado con todos sus pabellones; cuando llegan á la fiesta entonan este cántico religioso:

« Bendita santa Ana, vuestras virtudes y vuestro poder alejaron de nosotros la muerte y los peligros.

» Corremos á vuestra casa santa para daros gracias, porque nos preservásteis del peligro en las batallas.

» Una compañía de arzoneses habia salido para el ejército; eran unos cuarenta á las órdenes del rey.

» Quinientos cristianos de su parroquia vinieron aquí llenos de fé á implorar vuestro socorro en su favor; era la pascua de Pentecostés.

» Hé aquí que bogábamos sobre la Mancha á las órdenes de nuestro capitán, buscando combate y venganza contra los navios de Holanda.

» Encontramos al enemigo, cuyos palos parecían unos que marchando sobre el agua; una boca de hierro se abría en cada tronera.

» Las balas llegaban á nosotros como el granizo de marzo; ¡oh! nunca, nunca estuvimos en peligro semejante.

» Tan terrible era el trueno de las dos andanadas del navio que por todas partes caían palos y velas.

» Pero ved el milagro; ningún hijo de Arzon fué herido por el cañon ni el arcabuz.

» En torno suyo caen los heridos y los muertos; solo ellos se hallan preservados por tu proteccion.

» Una bala se lleva la cabeza de un desgraciado; su sangre salta sobre los arzoneses.

» ¡Bendita santa Ana! os elevamos nuestros ruegos desde lo mas recóndito de nuestros corazones; conservadnos en gracia ahora y para siempre. »

Nada puede pintar el efecto de este canto en lengua céltica repetida á un tiempo por doscientas voces con una música cuyas notas melancólicas parecen hechas para resonar en los arenales y en las playas incultas. La muchedumbre conmovida escucha; las madres muestran á sus hijos esos valerosos marineros con el pantalón ancho, el cinturón rojo y el sombrero charolado; los jóvenes se precipitan para ver de cerca el modelo de buque consagrado á santa Ana en memoria del famoso combate sostenido por los antepasados. Pero pasan los arzoneses, y nuevas cuadrillas atfaen en breve las miradas; son los peregrinos de los campos que llegan á su vez repitiendo el canto de Pluneret.

Estos no tienen ningún recuerdo glorioso que señalar; cantan solo su piadosa confianza, su esperanza invencible, y repiten en coro:

« ¡Oh santa patrona! en cuanto una calamidad amenaza al mundo, recordamos tu poder é imploramos tu apoyo con la cara vuelta hácia la torre de tu iglesia.

» Presenta á Dios, ¡oh madre nuestra! las súplicas de las gentes de nuestras parroquias cuando de rodillas ruegan á Dios mañana y tarde, mirando la torre de tu iglesia.

» Y derrama tu bendicion sobre los desgraciados pecadores cuantas veces te rinden homenaje saludando de lejos la torre de tu iglesia. »

Además de estas grandes escenas de la ceremonia religiosa, el cumplimiento de los votos particulares da lugar á mil episodios por fuera; son los peregrinos que dan la vuelta á la iglesia de rodillas; dentro los marineros que llevan modelos de buques en ofrenda, madres que depositan junto al altar gorritos de niños ofrecidos á santa Ana, jóvenes que entregan su cabellera en agradecimiento de un deseo cumplido. La iglesia está llena de esos piadosos trofeos que atestiguan el poder de la santa.

Hace algunos años, una cuadrilla de marineros se presentó en la fiesta con la cabeza velada. En el momento del naufragio, los que sobrevivieron hicieron el voto de ir en romería á Santa Ana de Auray con el rostro cubierto y sin darse á conocer á nadie. Las mujeres, las hijas, las madres estaban allí esperando que se acabaran los oficios; por fin, los velos cayeron, y veinte gritos resonaron á la vez, gritos de alegría y de dolor, pues si las madres reconocieron á los que habian llorado, las otras sabian al cabo que se encontraban viudas ó huérfanas.

Concluido el perdón, los peregrinos se vuelven en grupos alegres llevándose con los escapularios, las medallas y los rosarios benditos que deben distribuir á la familia una íntima confianza que les ayuda á continuar el trabajo interrumpido y á soportar el porvenir. Tal es la accion moral que en los fieles ejercen los fiestas del culto católico.

E. S.

## ELVIRA Y LUISA.

(Continuacion.)

XVI.

DE LA MISMA Á LA MISMA.

Marzo.

Estoy vestida de blanco; llevo camelias blancas en el pelo y una blanca tambien en la mano; mi madre las

lleva encarnadas, de modo que la podré tomar una si me parece. Experimento como un cierto deseo de venderle su camelia encarnada por un poco de duda, y solo me decidiré cuando esté en el teatro. Estoy hermosísima; Griffith me ha suplicado que la permita contemplarme un instante. La solemnidad de esta noche y el drama de mi consentimiento secreto me han dado colores; tengo en cada mejilla una camelia encarnada sobre una camelia blanca.

A la una.

Todos me han admirado, pero uno solo sabia admirarme. Al verme con una camelia blanca en la mano, bajó la cabeza, y luego se puso tan pálido como la flor cuando vió que tomaba yo á mi madre la camelia encarnada. Venir con las dos flores podia ser un efecto del acaso, pero esa accion era una respuesta, y de ese modo he extendido mi consentimiento.

Daban *Romeo y Julieta*, y como tú no sabes lo que es el duo de los dos amantes, no puedes comprender la felicidad de dos neófitos de amor escuchando esa divina expresion de la ternura. Al oír pasos en la calle me acosté corriendo. ¡Oh! ahora, ángel mio, tengo fuego en el corazon, en la cabeza. ¿Qué hace? ¿qué piensa? ¿tiene una idea, una sola que me sea extraña? ¿Gime siempre en la esclavitud que me ha pintado? ¿Cómo cerciorarme de ello? ¿Sabe que en amor las mas pequeñas acciones de las mujeres son efecto de un mundo de reflexiones, de combates interiores, de victorias perdidas? ¿En qué piensa en este momento? ¿Cómo ordenarle que me escriba por la noche todo lo que hace por el día? Es mi esclavo, debo ocuparle, y quiero llevarle de trabajo.

Domingo.

He dormido muy poco esta mañana; son las doce y he mandado escribir á Griffith la carta siguiente:

Al señor baron de Macumer.

Señor baron: la señorita de Chaulieu me encarga que os pida la copia de una carta que la escribió una de sus amigas, que está de letra suya y que os llevásteis.

Recibid, etc.

GRIFFITH.

Querida mia, Griffith salió, fué á la calle Hillerimbartin y mandó entregar ese billete á mi esclavo que me devolvió con un sobre mi programa humedecido de lágrimas. Obedeció, y sin embargo debia serle bien caro este papel; otro me lo habria negado escribiéndome una carta llena de lisonjas, pero él se ha portado como me prometió; ha obedecido; estoy enterneada hasta el punto de derramar lágrimas.

XVII.

DE LA MISMA Á LA MISMA.

2 de abril.

Ayer hacia un tiempo soberbio y me vestí como una joven amada que quiere agradar. Mi padre, á petición mia, me dejó sacar el carruaje mas bonito de la casa, una carretela de la última elegancia, con un par de caballos admirables. Yo estaba como una flor bajo una sombrilla forrada de seda blanca. Al subir la arboleda de los Campos-Eliseos descubrí á mi español en un caballo que llamaba la atención de todo el mundo. Los hombres que ahora se han vuelto todos aficionados á caballos, se paraban á verle y á examinarle; me saludó y le contesté con una señal amistosa; entonces detuvo un poco el paso de su caballo, y pude decirle:

— No extrañaréis, señor baron, que os haya pedido mi carta, os era inútil... Habeis excedido mi programa, le dije en voz baja. ¡Qué caballo traeis! añadí, llamais la atención de todos.

— Mi mayordomo de Cerdeña me le ha enviado por orgullo, pues este caballo de raza árabe ha nacido en mis dominios.

Querida mia, esta mañana Henares montaba un caballo inglés, muy hermoso tambien, pero que no asombraba como el otro; la poca ironía de mis palabras bastó para operar el cambio.

Me saludó y le respondí con un ligero movimiento de cabeza. El duque de Angulema ha querido comprar el caballo de Macumer. Mi esclavo comprendió que se salía de la sencillez estipulada llamando la atención de la gente. Un hombre debe hacerse notar por sí mismo y no por su caballo ó por otras cosas. Montar un caballo demasiado hermoso me parece tan ridículo como llevar un grueso brillante en la pechera.

Me alegré muchísimo cogerle en un renuncio, y quizás habia en su accion un poco de amor propio permitido á un pobre proscrito. Esta niñería me agrada. ¡Oh vieja razonadora! disfruta de tus amoríos tanto como yo me entristezco con tu negra filosofía. ¡Ah, Elvira! ¡cuánto daria porque vieras la mirada humilde y satisfecha con su esclavitud que me lanza al paso ese hombre verdaderamente grande que lleva mi librea, que ostenta siempre en su ojal una camelia encarnada, en tanto que yo llevo una blanca en la mano! ¡Cómo ilumina el amor! ¡Qué bien comprendo ahora Paris! Todo me parece brillante. Sí, el amor me parece mas bonito, mas grande, mas encantador que en cualquiera otra parte. Estoy firmemente convencida de que jamás podria atormentar á un necio ni tener el menor imperio sobre su persona; solo los hombres

superiores nos comprenden bien, y solo sobre ellos podemos ejercer un influjo directo. ¡Oh, amiga mia! perdóname; olvidaba á nuestro Luis de la Estorade, pero ¿no me has dicho que hacias un genio de él? Ahora adivino porqué; le estás formando para que un dia pueda comprenderte. Adios, digo locuras y no quiero continuar.

XVIII.

DE LA SEÑORA DE LA ESTORADE Á LA SEÑORITA DE CHAULIEU.

Abril.

Ángel mio, demonio podria decir, me has afligido sin querer, y si no tuviéramos un alma para las dos diria que me habias herido; pero ¿no se hiere uno mismo tambien? ¡Cómo se conoce que todavia no has fijado tu pensamiento en esta palabra *indisoluble*, aplicada al contrato que liga á una mujer con un marido! No quiero contradecir á los filósofos ni á los legisladores, tarea que les dejo á ellos mismos y que saben cumplir á las mil maravillas; pero, amiga mia, al hacer el matrimonio irrevocable y al imponerle una fórmula igual para todos, han hecho de cada union una cosa enteramente desemejante como lo son entre sí los individuos; cada union tiene sus leyes interiores diferentes; las de un matrimonio en el campo no son como las de un matrimonio en la ciudad, donde la vida cuenta con mas distracciones, y las de un matrimonio en Paris donde la vida pasa como un torrente, no son las convenientes para una provincia donde hay menos agitacion en la existencia.

Pero si las condiciones varian segun los lugares, varian mucho mas segun los caracteres. La mujer de un hombre de genio no necesita mas que dejarse guiar, mientras la mujer de un necio, bajo pena de grandes infortunios, debe tomar las riendas del gobierno. Quizá en último resultado el raciocinio y la reflexion llegan á lo que se llama depravacion, pues para nosotras la depravacion es el cálculo en los sentimientos. Una passion que raciocina es depravada; solo es hermosa involuntaria y en esos ímpetus sublimes que excluyen todo egoismo. ¡Ah! tarde ó temprano llegarás á decirme: Sí, la falsedad es tan necesaria á la mujer como su corsé, si por falsedad se entiende el silencio de la que tiene valor para callarse, si por falsedad se entiende el cálculo que exige el porvenir. Toda mujer casada aprende á costa suya las leyes sociales que son incompatibles en muchos puntos con las leyes de la naturaleza. Casándose á nuestra edad se pueden tener en matrimonio doce criaturas, y si las tuviéramos cometeríamos doce crímenes, labrariamos doce infortunios. ¿No condenaríamos á la miseria y á la desesperacion los doce pequeñuelos? en tanto que dos niños son dos felicidades, dos beneficios, dos creaciones en armonia con las costumbres y las leyes actuales. La ley natural y el código son enemigos, y nos hallamos en el terreno donde están luchando. ¿Llamarás tú depravacion la prudencia de la esposa que vigila para que la familia no se arruine por sí misma? Con un cálculo ó con mil el corazon está perdido, y ese cálculo atroz tú le harás un día, hermosa baronesa de Macumer, cuando seas la esposa afortunada del hombre que te adora, ó mas bien ese hombre superior te ahorrará el cálculo, pues él mismo lo hará.

Ya ves, querida loca, que hemos estudiado el código en sus relaciones con el amor conyugal. Sabrás que solo á nuestra conciencia y á Dios debemos cuenta de los medios que empleamos para perpetuar la felicidad en el seno de nuestras casas, y mas vale el cálculo preventivo que el amor ligero que siembra en ellas el luto ó la desunion. Sí, querida mia, tenemos que inventar mentiras sublimes para ser la noble criatura que somos cumpliendo con nuestros deberes. Tú me acusas de falsedad porque quiero medir con pausa á mi marido el conocimiento de mí misma, pero no ignoras que el conocimiento demasiado íntimo es causa de desunion en las familias. Yo quiero ocuparle mucho para distraerle mucho de mí, en nombre de su propia felicidad, y el cálculo de la passion no es ese. Si la ternura es inagotable el amor no lo es, y es una empresa laudable para una mujer honrada el distribuirle prudentemente sobre toda la vida.

A riesgo de parecerme execrable te diré que persisto en mis principios creyéndome muy grande y generosa. La virtud, querida mia, es un principio cuyas manifestaciones difieren segun los círculos sociales; la virtud de la Provenza, la de Constantinopla, la de Londres y la de Paris tienen efectos muy desemejantes, aunque siempre queda intacto el principio. Cada vida humana ofrece en su tejido las combinaciones mas irregulares, pero vistas á cierta altura, todas parecen idénticas. Si yo quisiera ver á Luis desgraciado y venir á parar en una separacion por la justicia, no tenia mas que abandonarme á su capricho. Yo no he tenido como tú la felicidad de hallar un sér superior, pero quizá tendré la gloria de hacerle superior, y sino en Paris lo veremos dentro de cinco años. Te hallarás burlada y me dirás que te engañé, que Luis de la Estorade era un hombre notable por naturaleza.

En cuanto á esos bonitos amores y esas emociones que solo experimento por tí; en cuanto á esas estaciones nocturnas en el balcón, á la luz de las estrellas; en cuanto á esas adoraciones excesivas y esas divinizaciones de nosotras, he conocido que habia que renun-

ciar á todo eso. Tu desarrollo en la vida resplandece á tu gusto; el mio se halla encerrado en el recinto de la Crampade, ¡y tú me echas en cara las precauciones que exige una felicidad pobre, secreta y frágil, para ser rica y misteriosa y duradera! ¡Cuando creía yo haber hallado las gracias de una amante en mi estado de mujer, haces que me avergüence de mí misma! Entre nosotras ¿quién de las dos tiene razón? Quizá la tenemos ambas, y quizá la sociedad nos vende demasiado caros nuestros encajes, nuestros títulos y nuestros hijos! Yo tengo mis camelias encarnadas; están en mis labios, en sonrisas que florecen para esos dos seres el padre y el hijo á quienes me sacrifico y de los cuales soy á la vez esclava y soberana. Pero, querida mia, tus últimas cartas me han hecho ver todo cuanto he perdido. Tú me has demostrado la extensión de los sacrificios de la mujer casada. Pero me has dicho que el amor da filosofía, y esto no es así; bien lo comprendí cuando leyéndote lloraba viéndote arrebatada en alas del amor. Te diré sí, que mi padre me ha hecho leer uno de los escritores mas profundos de nuestras comarcas, un heredero de Bossuet, uno de esos crueles políticos cuyas páginas engendran la convicción. Mientras tú leías *Corina* yo leía á Bonald, y hé ahí todo el secreto de mi filosofía; he visto á la familia sagrada y fuerte; según Bonald tu padre tenía razón en su discurso; adiós, querida amiga mia; eres el fuego de mi imaginación, eres mi locura.

## XIX.

DE LA SEÑORITA DE CHAULIEU Á LA SEÑORA DE LA ESTORADE.

Elvira mia: hay pocas mujeres como tú, y ahora estoy de acuerdo contigo en que hay honradez en el engaño: ¿estás contenta? Además, el hombre que nos pertenece, tenemos derecho para hacer de él un necio ó un hombre de genio, pero entre nosotras, por lo regular hacemos necios. Tú harás del tuyo un hombre de genio y guardarás tu secreto, dos acciones magníficas. ¡Ah! si no hubiera paraíso, qué chasco para tí, pues te consagras á un martirio voluntario... Quiéres hacerle ambicioso y conservarle enamorado... ¡qué niña eres! como si no fuera bastante empresa mantenerle enamorado. ¿Hasta qué punto el cálculo es la virtud ó la virtud es el cálculo? Responde; pero no reñirémos por esta cuestión ya que Bonald está en campaña. Somos y queremos ser virtuosas, pero en este momento se me figura que vales más que yo, á pesar de tus encantadoras sutilezas.

Sí, yo soy una mujer horriblemente falsa; yo amo á Felipe y se lo oculto con un disimulo infame. Quisiera verle saltando de su árbol sobre la cresta de la pared y de aquí á mi balcon, y si hiciera lo que deseo le despreciaría profundamente. Ya ves que soy de una buena fé terrible. ¿Quién me detiene? ¿qué fuerza misteriosa me impide decir á mi amado Felipe toda la felicidad que en mí derrama su amor puro, entero, grande y secreto?

Madama de Mirbel me está haciendo un retrato y cuento regalárselo, querida Elvira. Lo que cada día me sorprende mas es la actividad que el amor da á la vida: ¡qué interés toman las horas, las acciones, las cosas mas pequeñas, y qué confusión tan admirable del pasado y del porvenir en el presente! Se vive en los tres tiempos del verbo. ¡Oh, Elvira! dime lo que es la felicidad, dime si calma ó si irrita. Mi inquietud es mortal, no sé cómo conducirme; hay en mi corazón una fuerza que me arrastra hácia él, á pesar de las razones y las conveniencias. Por último, comprendo tu curiosidad con respecto á Luis: ¿estás contenta? La dicha de Felipe en ser mi esclavo, su amor respetuoso y su obediencia me incomodan mas que me irritaba su humildad profunda cuando era mi maestro. Mas de una vez me han dado ideas de gritarle cuando pasa:

— ¡Imbécil! si me amas en imágen, ¿qué harías si me conocieras?

¡Oh, Elvira! quemas mis cartas, ¿no es verdad? yo quemaré las tuyas. Si otros ojos que los nuestros leyeron estas ideas confidenciales, mandaría á Felipe que fuera á sacar los ojos á los imprudentes, y aun á matarlos para vivir mas segura.

Lunes.

Elvira mia, ¿cómo profundizar el corazón de un hombre? Mi padre debe presentarme tu autor M. de Bonald, y ya que es tan sabio quiero preguntárselo. Muy dichoso es el Omnipotente que puede leer en el fondo de los corazones. ¿Soy siempre un ángel para él? La cuestión es esa.

Si llegara una vez á distinguir en un ademán, en una mirada, en el acento de una palabra una disminución de aquel respeto que tenía por mí cuando era mi maestro de español, me siento con fuerzas para olvidarlo todo. Pero ¿porqué esas palabras huecas, dirás tú, porqué esas grandes resoluciones? En eso está el negocio, amiga mia. Mi excelente padre que se conduce conmigo como un viejo caballero sirviente con una italiana, permitió, como te he dicho, que madama de Mirbel haga mi retrato, y yo he tenido medio para hacerme una copia muy bien ejecutada que entregué al duque, reservando el original para Felipe. En efecto, el envío tuvo lugar ayer, acompañado de estos tres renglones:

« Don Felipe: vuestro entero afecto está pagado con una ciega confianza; el tiempo dirá si no es acordar á un hombre una grandeza desmesurada. »

La recompensa es grande, parece una promesa y ¡cosa horrible! parece tambien una invitación; pero lo que te parecerá mas horrible aun es que yo quise que en la recompensa hubiese promesa ó invitación, sin llegar hasta el ofrecimiento. Si en su respuesta hay un Luisa mia, ó Luisa nada mas, está perdido.

Martes.

No, no está perdido; ese ministro constitucional es un amante admirable. Hé aquí su carta:

« Todos los momentos que pasaba sin veros, permanecía ocupado de vos con los ojos cerrados á todas las cosas y hijos por la meditacion sobre vuestra imágen, que jamás se dibuja bastante pronto en el palacio oscuro donde pasan los sueños y donde vos ahuyentáis las tinieblas. En adelante mi vista descansará en ese marfil maravilloso, en ese talisman, debo decir, pues para mí se animan vuestros ojos azules, y la pintura se vuelve al punto una realidad. La tardanza de esta carta proviene de mi afán en absorberme en esa contemplación durante la cual os decia todo cuanto debo callar. Sí, desde ayer encerrado á solas con vos, me he entregado por la primera vez de mi vida á una felicidad entera, completa, infinita. Si pudierais ver el sitio en que os he puesto al lado de los objetos de mi mayor devoción, comprenderíais las angustias en que he pasado la noche; pero no quisiera ofenderos al comunicároslas, pues habria tantos tormentos para mí en una mirada desposeida de esa bondad angelical que anima mi existencia, que de antemano os pido mil perdones. ¡Oh, reina de mi vida y de mi alma! ¿con qué me acordáis una milésima parte del amor que os profeso? »

« El sí de esa súplica constante me ha destrozado el alma. Me hallaba entre la creencia y el amor, entre la vida y la muerte, entre la luz y las tinieblas. No está mas agitado un criminal durante la deliberación de su existencia, que lo estaba yo al acusarme á vos de tanta audacia. La sonrisa pintada en vuestros labios y que acudía á ver de momento en momento, calmaba esas borrascas excitadas por el temor de desagradaros. Desde que existo nadie me ha sonreído, ni aun mi madre. La hermosa jóven que me estaba destinada desdeñó mi amor y se prendó de mi hermano. Mis esfuerzos en política han sido nulos. Nunca vi en los ojos de mi rey sino un deseo de venganza, y somos tan enemigos desde mi juventud que considero como una cruel injuria el deseo de las córtes que me elevó al poder. Ya veis que tengo razón para dudar de todo. Además, me hago justicia; conozco la poca gracia de mi exterior, y sé lo difícil que es poder apreciar mi corazón cuando se contempla mi figura. Ser amado, fué solo un sueño cuando os vi. Por eso cuando os consagré toda mi vida, comprendí que únicamente mi afecto constante podría servir de excusa á mi ternura. Al contemplar ese retrato, al escuchar esa sonrisa llena de divinas promesas, una esperanza que no me permitía á mí mismo se despertó en mi alma. Esa claridad de aurora se halla incesantemente combatida por las tinieblas de la duda, por el temor de ofenderos manifestándola. No, no podeis amarme todavía, lo conozco; pero á medida que hayais experimentado el poderío, la duración, la inmensidad de mi afecto inagotable, le acordaréis un pequeño lugar en vuestro corazón. Si mi ambición es una injuria, me lo diréis sin ira, y volveré á mi papel pasivo, pero si quereis hacer la prueba de amarme, no la descubrais sin precauciones minuciosas al que se consideraría muy dichoso toda su vida pasándola en serviros, únicamente en serviros. »

Querida mia, al leer estas últimas palabras me ha parecido verle pálido como lo estaba la noche en que mostrándole la camelia le dije que aceptaba los tesoros de su cariño. He visto en esas frases sumisas no una simple flor de retórica como las que usan los amantes, y he sentido una gran conmoción en mi misma... el soplo de la felicidad que me espera.

Está haciendo un tiempo detestable y no he podido salir á paseo sin despertar sospechas extrañas, pues mi madre que á menudo sale cuando llueve, ha permanecido sola en su aposento.

Miércoles por la noche.

Acabo de verle en la Opera. Amiga mia, ya no es el mismo hombre, ha venido á nuestro palco presentado por el embajador de Cerdeña. Despues de haber visto en mis ojos que su audacia no desagradaba, me pareció que estaba muy cortado y llamó señorita á la marquesa de Espard. Sus ojos lanzaban miradas que despedían una luz mas viva que la de las arañas. Por fin salió como un hombre que temia cometer una extravagancia.

— El baron de Macumer está enamorado, dijo la marquesa á mi madre.

— Para un ministro caído es cosa extraordinaria, respondió mi madre.

Yo tuve fuerza bastante para mirar á la marquesa y á mi madre con la curiosidad de una persona que oye hablar una lengua extranjera y que queria adivinar lo que se dice; pero interiormente disfrutaba de un gozo voluptuoso en que mi alma toda se bañaba. Solo una palabra puede explicarte lo que experimento, el éxtasis; Felipe ama tanto que le creo digno de ser amado. Soy exactamente el principio de su vida, y tengo en mi mano el hilo que guía su pensamiento. Por último, para decirlo todo entre nosotras, siento un deseo ardiente de verle superar todos los obstáculos y

llegar á mí como un buen enamorado, á fin de saber si ese amor furioso se calmará y volverá á ser humilde con una sola de mis miradas.

¡Ah, querida mia! me he detenido y tiemblo. Estaba escribiendo cuando he oído fuera un ruido ligero que me hizo levantar, y desde mi ventana le he visto trepando por el muro á riesgo de matarse. Salí á la ventanilla de mi alcoba, y con solo un ademán, saltó del muro que tiene diez piez de alto, y corrió por la calle hasta la distancia que alcanzaban mis ojos para mostrarme que no se habia hecho ningun daño. Esta atención en el momento en que debía estar aturdido por la caída me enterneció tanto que lloro sin saber porqué. Feo de mi alma, ¿qué venia á buscar, qué queria decirme?

No me atrevo á escribirte mis pensamientos, y voy á dormirme con mi alegría, pensando en todo lo que nos diríamos si estuviésemos juntos. Adiós, hermosa muda. No tengo tiempo para reñirte por tu silencio, pues hace mas de un mes que no he recibido noticias tuyas. ¿Por ventura serás ya dichosa? ¿No gozas ya de aquel libre alvedrío que te hacia tan orgullosa y que ha estado á punto de abandonarme á mí esta noche?

## XX.

DE LA SEÑORA DE LA ESTORADE Á LA SEÑORITA DE CHAULIEU.

Mayo.

Si la vida del mundo es el amor, ¿porqué hay filósofos tan austeros que le suprimen en el matrimonio? ¿porqué la sociedad toma por ley suprema el sacrificar la mujer á la familia creando así necesariamente una lucha sorda en el seno del matrimonio, lucha prevista por ella y tan peligrosa que ha inventado poderes para armar al hombre contra nosotras, adivinando que nosotras podíamos anularlo todo ya por la fuerza de la ternura, ya por la persistencia de un odio secreto? En este momento veo en el matrimonio dos fuerzas ocultas que el legislador habria debido reunir; ¿cuándo se juntarán? esto es lo que me pregunto leyendo tus cartas. Si, amiga mia, uno de tus escritos ha derribado el edificio levantado por el gran escritor del Aveyron, donde yo me habia aposentado con delicia. Las leyes han sido hechas por hombres viejos, las mujeres lo conocen; ellos decretaron sabiamente que el amor conyugal exento de pasión no nos envilece, y que una mujer debía darse sin amor una vez que la ley permitía á un hombre hacerla suya. Preocupados del espíritu de familia, imitaron la naturaleza que solo se cuida de una cosa, de la propagación de la especie. Yo antes era un sér y ahora soy una cosa. Mas de una lágrima he devorado á solas que habria querido dar en cambio de una sonrisa de consuelo. ¿De dónde proviene la desigualdad de nuestros destinos? El amor permitiendo engrandece tu alma; para tí la virtud será el placer; tu deber, si te casas con Felipe, será el mas dulce, el mas expansivo de los sentimientos. Nuestro porvenir nos dará la respuesta, y yo la aguardo con una curiosidad impaciente.

Amas y eres adorada. Amiga mia, entrégate francamente á ese hermoso poema que tanto nos ocupó en el convento. Esa belleza de la mujer, tan fina, tan espiritualizada en tí, Dios la hizo así para que encanté y guste, Dios tiene sus designios. Sí, ángel mio, guarda bien el secreto de tu ternura, y somete á Felipe á todas las pruebas que inventábamos para saber si el amante de nuestro deseo seria digno de nosotras. Sobre todo, no indagues tanto si él te ama como si le amas tú; nada es mas engañoso que la ilusión producida en nuestra alma por la curiosidad, por el deseo, por la creencia en la felicidad. Tú que de nosotras dos permaneces intacta, no aventuras precipitadamente tu porvenir en un lazo indisoluble; á veces un ademán, una palabra, una mirada, una conversacion sin testigos cuando las almas se hallan desnudas de su hipocresía mundana, descubren abismos muy hondos. Tú eres bastante noble y bastante animosa para poder seguir caminos atrevidos en que se perderian otras. No puedes imaginarte la ansiedad que me inspira tu destino; á pesar de la distancia, te veo, experimento tus emociones. Por eso te ruego que no dejes de escribirme sin omitir la menor cosa; tus cartas me procuran una vida apasionada en medio de mi interior tan sencillo, tan tranquilo. Lo que aquí pasa, ángel mio, es una serie de enredos conmigo misma de que te hablaré otro día. Yo tengo alternativas de desfallecimiento y de esperanza que me mantienen en un estado sombrío. Quizá pido á la vida mas felicidad de la que nos debe; en la edad tierna nos inclinamos bastante á desear que se hallen en acuerdo perfecto el ideal y lo positivo. Mis reflexiones, y ahora las hago sola sentada al pié de una roca de mi parque, me han conducido á pensar que el amor en el matrimonio es un acaso que no puede servir de base á la ley que debe regirle todo. Mi filósofo del Aveyron no se equivoca considerando á la familia como la sola unidad social posible, y queriendo que la mujer se someta á ella como en todo tiempo se ha visto sometida. La solución de esta gran cuestión casi terrible para nosotras, está en el primer hijo que Dios nos da; por eso quisiera ya tener uno aun cuando solo fuera para dar alimento á esa actividad del alma que me devora.

(Se continuará.)

EXPOSICION UNIVERSAL

DE

## BELLAS-ARTES.

Antes de dar las explicaciones de los cuadros que hoy reproducimos, vamos á decir dos palabras sobre una nueva escuela de pintura que se ha producido en Francia hace pocos años con el nombre del realismo. — La clase media (*la bourgeoisie*) que se elevó con la monarquía, que la destruyó, y que tuvo á su vez un reinado efímero, ocupa un puesto importante en la historia, pero para el arte los hombres que componen esa clase, los *bourgeois* no son mas que unos pobres *villanos*. El arte es aristócrata; acostumbrado á entenderse con los dioses y los héroes no gusta de andar en malas compañías. Pero desgraciadamente no se ha contentado con desdeñar á esa clase sino que se ha burlado de ella, hasta tal punto que aun el mismo nombre de *bourgeois* es en el día un término ridiculo. El arte al alcance del *bourgeois* es en la estética moderna la última expresión del desprecio.

Pero hé aquí un artista que sin duda por singularizarse ha emprendido la rehabilitación de esa clase infortunada y adoptando esas proporciones olímpicas reservadas hasta hoy para las aspiraciones mas nobles del arte, ha consagrado su talento á la reproducción de escenas de la vida vulgar, eligiendo con premeditación los asuntos mas vulgares. Esta tendencia nueva merecería quizá una designación particular. Bien que las designaciones generales no sean siempre justas de todo punto, sin embargo constituyen un primer modo de clasificación para ayudar á reconocerse en el caos de la diversidad. Ahora bien, así como ya están admitidos los títulos de idealismo y de realismo, nos parece que el nuevo género de que hablamos podría designarse con el título de VULGARISMO.

Por lo demás confesáremos que no es tanto un sistema como un error de gusto, y como M. COURBET su representante, no siempre cae en él, queremos designarle con su nombre, al tratar del realismo en la escuela francesa de pintura moderna. Se cree que al entrar en el campo del realismo no se debent hallar mas que las representaciones materiales de la vida, sin rocen ninguno con las materias metafísicas, pero no es así seguramente. M. Courbet ha abierto una exposición particu-



Exposicion de 1855. — Jesus en el monte del Olivar, cuadro por M. Jalabert.



La muerte de César, cuadro por M. Court.

lar al lado de la grande Exposicion Universal; en esta solo tiene once obras y en la suya tiene cuarenta. Sobre la puerta de esta galeria donde se entra mediante una retribucion de 50 c. hay escritas en gruesas letras estas palabras: EL REALISMO. Sin embargo, el pintor aunque las toma por divisa, las contesta. « Sin explicarme, dice, sobre el justo valor de una calificación que ninguno está obligado á comprender bien, me limitaré á decir algunas palabras para cortar errores. Yo me he consagrado á estudiar, dejando aparte todo espíritu de sistema, el arte de los antiguos y el de los modernos. No he querido imitar á los unos ni copiar á los otros... no; he querido simplemente buscar en el entero conocimiento de la tradición el sentimiento razonado é independiente de mi propia individualidad. Saber para poder, tal fué mi pensamiento; hallarme en estado de traducir las costumbres, las ideas, el aspecto de mi época, segun mi apreciación, tal es mi objeto. — Nunca he tenido otros maestros en pintura que la naturaleza y la tradición, que el público y el trabajo. »

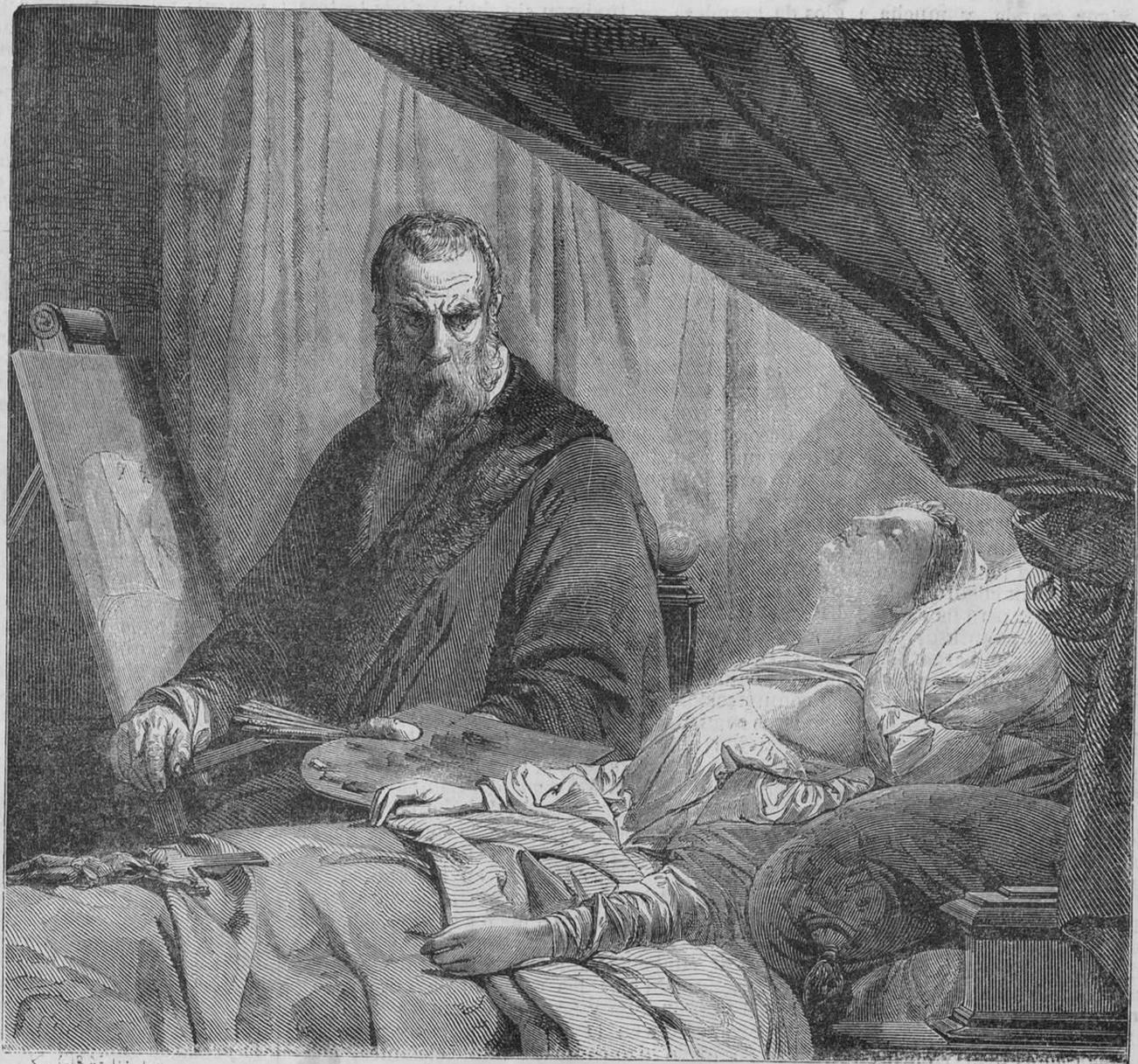
Por nuestra parte aseguramos que esta explicación léjos de cortar los errores, nos parece ménos clara aun que la palabra de Realismo, « que ninguno está obligado á comprender. » M. Courbet pretende no haber sido nunca discípulo de nadie, pero sí reconoce haberlo sido de todo el mundo y de la naturaleza. Pero ya que queria tener á la naturaleza por modelo podia habersé ahorrado el largo trabajo que ha debido costarle el adquirir un entero conocimiento de la tradición. Evidentemente era tiempo perdido si no ha querido conservar nada de ese estudio. En cuanto á sus otros maestros la naturaleza y el público, segun como reproduce sus lecciones, parece que lo mismo que la tradición, no pueden lisonjearse con haber sacado un buen discípulo. Pero se nos dirá ¿ porqué la crítica se ocupa tanto de un pintor tan defectuoso? Es porque además del ruido que produce el nombre de ese artista, y el peligro de que sigan sus huellas algunos jóvenes, hay realmente en M. Courbet ciertas cualidades del hombre de mérito; el arte no debe desesperar de él todavía.

Los que desean conocer las obras de M. Courbet, no acuden á la Exposicion Universal donde ha expuesto sus lienzos secundarios, sino á la suya particular donde se halla un

conjunto mas considerable de obras, que resume por decir, todo el valor del artista. Allí figuran cuadros muy conocidos ya del público parisiense como el famoso *Entierro en Ornans*, que produjo tanta sensacion en el mundo artístico. No podia suceder otra cosa; jamás la fealdad innoble se habia ostentado en un lienzo con mayores pretensiones. En ese famoso cuadro del *Entierro en Ornans* no hay ningun refugio contra la vergüenza que sufre el arte; las repugnancias están lo mismo en el color que en la forma y en esa grotesca manifestacion de fealdades, se sorprende uno que pueda quedar algun lugar para la caricatura y la burla voluntarias.

No seguiremos por cierto á M. Courbet en sus obras, que aparte de la idea, esto es, el culto de la fealdad innoble, se resienten todas de una ejecucion descuidada, floja, insuficiente. En cuanto á su sistema en sí, dirémos que las tentativas para reemplazar los dioses, con ídolos groseros, se han hecho ya por manos mas vigorosas que las suyas y han fracasado siempre. Lo que no hicieron los grandes artistas de Italia y de la España no lo hará M. Courbet. Por lo que toca al arte francés en particular no tiene otra mision que el arte griego ó el arte italiano; como ellos debe buscar el aspecto pintoresco mas bello y verdadero, mas alto y mas interesante; y cuando se halle cansado de la belleza, cuando la gracia no le inspire ya, estará muerto y seguramente no se reanimará con la fealdad.

Pero fijemos ahora la vista en lo pasado y en el arte al mismo tiempo. Estos contrastes tienen su enseñanza. En medio de los cambios que el tiempo produce en el



Exposicion de 1855. El Tintoreto y su hija, cuadro por M. Leon Cogniet.

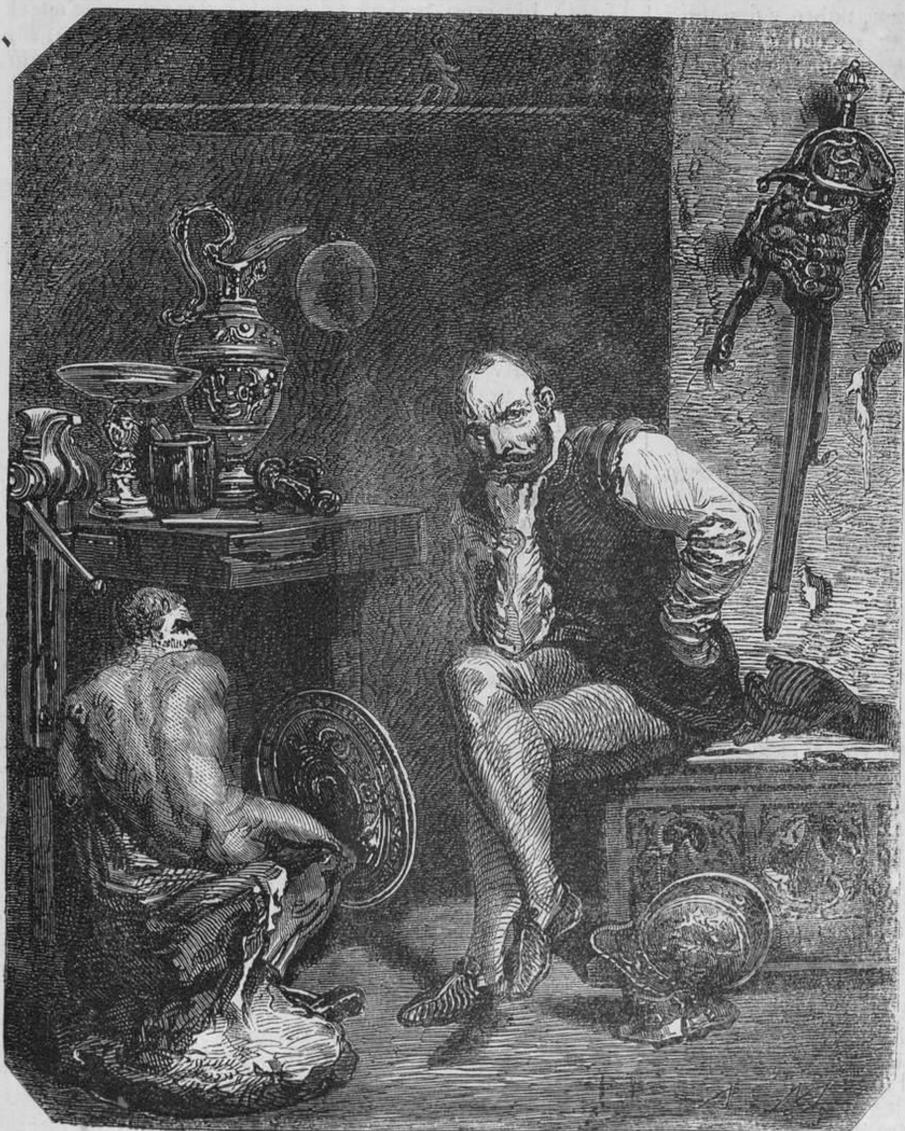
gusto el presente, siempre pagado de sí mismo, trata con un desde soberbio á las celebridades de los años anteriores. Hablarémos rápidamente de varias pinturas que tienen algunos años de fecha.

M. LEON COGNIE: *El Tintoreto y su hija* (exposicion de 1843) perteneciente al museo de Burdeos. — Esta pintura toma una tinta negra; es una desgracia frecuente entre las obras de la escuela francesa poco colo-

*los pobres* (exposicion de 1827) es de un gusto sencillo y elegante y de una ejecucion mas armónica. Encuéntrase tambien un hermoso retrato de mujer de un color mas firme y de un modelado mas entendido que en el primer estilo del autor.

M. COURT. *La muerte de César* (exposicion de 1827). Esta vasta composicion dramática produjo la mayor impresion el año que salió á luz; entre la exageracion

rista. En esta composicion del discípulo de P. Guerin hay una sencillez noble, una ejecucion sobria y armónica que va en derechura á la idea, á la impresion triste que debe producir, sin exageracion y sin negligencia. La hermosa cabeza de María Robnsti tiene quizás la apariencia del mármol; su cuerpo, su brazo extendido sobre la cama no tienen la pesadez de la muerte. Este cuadro podia ser objeto de una observacion curiosa sobre el público en su relacion con el arte. El modo prudente, contenido, con que está ejecutado, no es ya en efecto bastante vivo para las exigencias de nuestra sensibilidad gastada. Sin embargo comparado con el Marco Sexto de P. Guerin que salió á luz medio siglo ántes, el cuadro de M. Cogniet parece calculado para una impresion mas íntima y mas tierna, y si no la excita completamente, esto es culpa quizás del público de nuestros dias. En tiempo de la aparicion del Marco Sexto el público tenia emocion y lágrimas para esa obra fria y académica. — M. Cogniet ha expuesto tambien una escena del *De-güello de los Inocentes* (exposicion de 1824) episodio que no requeria tan grandes proporciones. La pintura ha ennegrecido mucho. — El



Benvenuto Cellini en su taller, cuadro por M. R. Fleury.



La buenaventura, cuadro por M. Schnetz.

de que adolece se notó un vigor grande, y mucha energía y verdad en las figuras; prometía mucho para lo sucesivo; ¿porqué el artista se ha detenido en esa vía que se abrió con tanto brillo?

**M. Schnetz:** *La Buenaventura:* — La Gitana está vacilando el porvenir al joven pastor Montalte que fué después Sixto Quinto (exposición de 1828). M. Schnetz, discípulo de David, de Regnault, de Gros y de Gerad, fué uno de los eslabones intermedios entre la escuela académica y la escuela romántica. Se atrevió á pintar asuntos familiares desdeñados por la primera, siendo colorista, sin descuidar por eso el dibujo. El cuadro reproducido aquí es quizá la obra mas importante de M. Schnetz. Lo sencillo de la escena no degenera en vulgaridad; la vieja gitana es un buen estudio; el niño es precioso; la madre tiene quizá una expresión demasiado indecisa. Después de esta obra de M. Schnetz se han visto carnes mejores; pero hay que admirar en ella el recuerdo de un dibujo firme y hábil y de un tono saliente y subido, que se exagera y se hace pesado en las dos grandes pinturas religiosas, de ménos verdad, que ha expuesto igualmente.

**M. Jalabert,** discípulo de M. Delaroche ha expuesto una vasta composición titulada: *N. S. Jesucristo en el huerto del Olivar.* El autor ha elegido sin duda este asunto, para responder á la justa crítica de tono claro y de color poco sólido que se hizo de su cuadro de la *Anunciación* que también ha presentado; pero ha caído en una sucesión de tonos negros, sordos y confusos que hacen invisible su cuadro. La escena sin embargo, se halla dispuesta de un modo pintoresco: tenía la intención de oponer á la tristeza del Hombre Dios las apacibles frescuras de la noche, ¿pero esta intención se halla apagada en una pintura sin relieve? La protesta animada de S. Juan contrasta de un modo un poco forzado con la fría severidad de Jesus; las cabezas de los apóstoles carecen de estilo.

**M. ROBERTO FLEURY:** — *Benvenuto Cellini en su taller* (1841). El artista le ha dado una expresión de bravo italiano que autorizan suficientemente las memorias sobre su vida, escritas por el escultor y platero florentino. Este lienzo y los dos cuadros del *Coloquio de Poissy* en 1561 (1840) y de una *Escena inquisitorial* (1841) presentan una energía en las cabezas, un vigor en el tono de la pintura, una firmeza característica en el dibujo, que en otras obras del mismo pintor van debilitándose á medida que se aumentan las proporciones del cuadro. Esto se nota bien en la *Jane Shore* (1840), en los *Últimos momentos de Montaigne* (1853) y en el *Saqueo de una casa de judíos en Venecia en la edad-media.* El populacho que invade el barrio de la Giudecca está bien agrupado; la expresión de las cabezas es buena, pero se ve un trabajo penoso, el toque es indeciso, el color pesado, y en medio de los tonos rojizos que predominan el azul chillón del vestido de una joven judía forma un contraste chocante. D. P.

## Historia monumental del teatro.

### ANFITEATROS DE COMBATE.

SU ORIGEN. — LA ARENA Y EL PODIO. — NAUMAQUIAS. — DIVERSAS ESPECIES DE COMBATE. — GLADIADORES. — JUEGOS FUNEBRES. — EL ESPOLIARIO.

La etimología misma de la palabra anfiteatro indica la configuración del monumento, que se puede representar por dos teatros unidos en la línea de sus diámetros. Los anfiteatros, que en su origen consistieron en profundos fosos vaciados en la tierra, rodeados de graderías cubiertas de césped, no deben atribuirse á los romanos, pueblo de índole poco creadora y que siempre halló mas cómodo apoderarse de las ideas ajenas para mejorarlas y engrandecerlas.

Se ha creído durante largo tiempo que el anfiteatro constituía un género de edificio particular en Roma; pero descubrimientos recientes demuestran que aquel pueblo ha sido en este punto, como en tantos otros, imitador de los etruscos. Existe, en efecto, sobre la pintura de una tumba en Corneto, la representación de un combate de gladiadores en medio de un anfiteatro, cuyas graderías aparecen sostenidas por andamios. Otro monumento mas notable y de autoridad decisiva, es un anfiteatro de construcción etrusca, que se encuentra sobre el sitio que ocupó la antigua villa de Sunium y está tallado en una roca elevada. De todos modos, es indudable que los romanos se apropiaron con buena fortuna los anfiteatros etruscos, sobrepudiéndolos en dimensiones, magnificencia y lujo.

El anfiteatro se componía de dos partes principales; de la *arena* y de las graderías para los espectadores, elevadas en retirada unas encima de otras. La *arena* era un espacio vacío en el centro del monumento, algunas veces de forma circular, pero mas generalmente elíptica, circunscrita por un ancho foso lleno de agua, *curipus*, y por un muro de diez á quince pies, *podium*, sobre el que había una galería destinada á las personas ilustres. El circo estaba cubierto de arena, para absorber la sangre de los hombres y de los animales y afirmar el pié de los combatientes. Calígula hizo cubrir el piso de tierra roja y Heliofáballo de lentejuelas de plata y oro, para disimular á los ojos del público el terrible color de la sangre.

Entre los griegos, pueblo eminentemente civilizado y para el que los placeres del espíritu eran siempre los mas preciosos, los teatros se multiplicaban, consagrándose todos al arte dramático. Los romanos, en sus si-

glos de grandeza, no tuvieron sin duda ménos teatros que los griegos; pero conservando cierto carácter de ferocidad, parte esencial de un pueblo guerrero y conquistador, dieron la preferencia á los anfiteatros. La lucha, el pugilato, que aun se conserva entre los ingleses, y los combates de gladiadores, tenían incomparable atractivo para los fieros romanos, que unian con frecuencia la mas refinada molición á un valor heroico. Veían con bárbaro placer derramar la sangre de los esclavos combatiendo entre sí ó contra animales feroces y desplegando una fuerza y audacia, que dirigida mas tarde por Espartaco, hizo falsear la República. Muchas veces los actores de estas sangrientas escenas eran solo animales, pero siempre el lujo mas deslumbrador presidía en estos juegos.

Lo que sobrepasa todo lo verosímil, si no tenemos delante de nuestra vista los restos imponentes de aquellos edificios y la autoridad de los escritores antiguos, es la inmensidad y magnificencia de sus anfiteatros.

La decoración exterior era de muchos órdenes de pórticos é igual á sus teatros. Aquellos edificios inmensos servían para los espectáculos de combates en la arena, alrededor de la cual y al pié de las gradas se hallaban las *carceles* ó jaulas para los animales. Muchas veces los anfiteatros estaban dispuestos de manera que podían recibir agua, y entonces la arena se convertía en un vasto lago donde se daba el espectáculo de un combate naval. En tal caso el anfiteatro tomaba el nombre de *naumaquia*, palabra compuesta de *navis* y *combate*. El agua estaba contenida en grandes estanques dispuestos bajo tierra, ó conducida por numerosos tubos en comunicación con los acueductos de la villa. Los primeros combates navales fueron dados por César, en un estanque abierto en medio del Campo de Marte. Augusto hizo construir para el mismo objeto un estanque mas allá del Tiber. La parte del Campo de Marte, llamada *Septa*, fué también convertida en un lago por Calígula. En fin Domiciano dispuso la construcción de un edificio consagrado especialmente á las *naumaquias*.

Había tres especies de combates en los anfiteatros. Las luchas de bestias feroces entre sí, llamadas *venationes*; las de los gladiadores á pié ó á caballo, *munera*; y las de hombres, *bestiarum*, que combatían contra los animales. El ciudadano que hacia celebrar estos juegos, era designado por las palabras de *munerarius*, *munerator*, *editor*. Sila y Scario fueron los primeros que hicieron soltar en la arena los leones y panteras. El gran Pompeyo hizo combatir veinte elefantes, cuatrocientos diez panteras y seiscientos leones, y Julio César cuatrocientos leones y cuarenta elefantes. Para la dedicación del templo de Marcelo, se condenaron á muerte doscientos sesenta y ocho leones y trescientas diez panteras.

La caza de animales feroces y la lucha de gladiadores eran dos espectáculos que se representaban separadamente hasta que Pompeyo tuvo la idea de reunirlos, haciendo combatir por vez primera, durante su segundo consulado, veinte elefantes salvajes contra gétulos armados de venablos, en ocasión de consagrarse el templo de Venus. Muchos años antes, según Tito Livio, se habian muerto en un solo dia 142 elefantes en el Circo. Pero aquellos monstruos tomados en una batalla contra los cartagineses, y que Roma, pobre y prudente entonces, no queria ni alimentar ni ceder, habian sido degollados con venablos y flechas por los espectadores de las gradas. Ochenta años después, 523 de Roma, Scipion Násica y P. Léntulo enviaron al circo 63 panteras del Africa. Régulo, trasportando el espectáculo á otro elemento, llenó de agua el anfiteatro y en aquel mar ficticio arrojó 15 hipopótamos y 23 cocodrilos. Sila, pretor, dió una caza de 100 leones. Augusto, que habia conservado de Octavio cierta afición á la sangre, hizo matar en las fiestas que dió, tanto en su nombre como en el de su nieto, 3,500 leones, tigres y panteras, como lo hace constar la inscripción de Anecyra. En tiempo de P. Servilio, de cuya vida solo se conserva un recuerdo, se lidiaron 300 osos y otras tantas panteras y leones, traídos de los desiertos de Africa. Mas tarde este lujo no conoció límites y se degollaron hasta 5,000 bestias feroces en la inauguración del *Coliseo*.

Por último, en los juegos celebrados bajo el imperio de Trajano, con motivo de la derrota de los Partos, quedaron once mil fieras sobre la arena del Circo. Probus hizo plantar un bosque en medio de la arena, puso rocas artificiales y después mandó arrojar multitud de animales, entre los cuales se encontraban mas de mil ayestruces, otros tantos ciervos é igual número de jabalíes.

Pero de todos los emperadores el que dió fiestas mas lujosas y variadas fué Neron. Además de las contribuciones sacadas en dinero á las provincias conquistadas, habia puesto tasa al Nilo y al Desierto, y el agua y la tierra pagaban su diezmo en cocodrilos, leones, tigres y panteras. En cuanto á los gladiadores, los habia ventajosa y económicamente reemplazado con los prisioneros de guerra y con los cristianos. Es cierto que estos carecían de la destreza que dió á los primeros el estudio de su arte, pero la suplían el valor y la exaltación que prestaban nueva forma á su agonía. Era todo lo que se necesitaba para excitar la curiosidad del ya degenerado pueblo romano.

Se cree generalmente que la bárbara costumbre de inmolarse los prisioneros sobre la tumba de los héroes, y los esclavos en la de los amos, tuvo su origen en los combates de gladiadores. Hacia el año 490 de la fundación de Roma, se vió combatir á los hombres para solemnizar los funerales de personajes ilustres. Este cruel espectáculo no era sino un episodio accesorio de la ce-

remonia religiosa, que concluía por ofrecer al pueblo aquellos juegos que presenciaba con entusiasmo. Los gladiadores eran de ordinario prisioneros de guerra, esclavos condenados ó libertos reducidos á la miseria. Los empresarios de los juegos compraban los hombres condenados á morir á los tratantes en esta infame industria, los encerraban en casas preparadas al intento, y les hacían aprender el manejo de las armas.

Había muchas clases de gladiadores, según la manera de combatir. Los *secutores* llevaban casco, espada, escudo y muchas veces maza de plomo. Cuando su enemigo daba un golpe en vago y se veía precisado á huir, le perseguían hasta envolverle en los pliegues de una red, que arrojaban con habilidad, cantando este refrán:

*Non te peto, piscem peto; quid me fugis, Galle?* Los *retiaris* llevaban tridente ó harpon, venablo de tres puntas y red, combatiendo como los *mirmillones*. Los *tracios* iban armados de daga, puñal y escudo redondo. Los *mirmillones* ó galos llevaban una hoz ó guadaña, una rodela, y un casco sobremontado de un pez llamado *Mormyr*. Según San Isidoro, el *mirmillon* representaba á Vulcano ó á Neptuno. Los *sammitas* se distinguían por un tahalí con espada, una rodela de plata cincelada, una bota en la pierna izquierda y un casco con penacho. Los *essedarios* combatían sobre sus carros, á la manera de los galos y de los bretones. Los *andubute* luchaban á caballo y con los ojos vendados. Los *dimacheros* se atacaban á pié ó á caballo, llevando cada mano armada de una espada. Por último, habia los *laqueatores*, que con cuerdas se enlazaban unos á otros. Todos estos gladiadores combatían á pié, á caballo ó en carros. Se les daba además otros nombres en la arena, según las circunstancias en que se encontraban. Así se llamaba *meridiani*, los que estaban reservados para la hora de medio dia; *suppositivi*, los que reemplazaban á sus camaradas fatigados ó vencidos; *postulati* los que eran particularmente exigidos por el pueblo; *catervarii*, los que combatían en tropas.

Se sabe que los gladiadores pasaban por delante de la tribuna del emperador y le saludaban con sus armas, diciendo: « *Morituri te salutant.* » Después comenzaba el combate con palo y las armas de madera, ó embotadas, *arma lusoria*. Después se llegaba á las mortíferas. Cuando un gladiador era herido, bastaba una señal de aquel pueblo feroz para condenarle á morir. Si era muerto, los esclavos recogían el cadáver con un gancho de hierro, le sacaban arrastrando por la *puerta de la muerte*, *porta libitinensis* y le conducían al *spoliarium*, lugar inmediato al circo, en que se despojaba á los gladiadores muertos, ó se acababa de matar á los que quedaban sin esperanzas de vida. Allí habia un empleado especial que aplicaba á los arrastrados un hierro candente para asegurarse de su sensibilidad. Desde que Roma se complacía en las luchas de los hombres entre sí y con las fieras salvajes, llegó á ser un arte el aprender á herir y morir y un oficio la educación de aquellos infelices.

Los sacrificios humanos que ejecutaban sobre los sepuleros los habitantes de la Etruria y la Campania, pasarían probablemente á Roma. Marcó y Decio Bruto fueron los primeros que hicieron combatir gladiadores junto al éretro de su padre. Los tres hijos de Emilio Lépidio hicieron luchar 44 parejas de hombres en el foro durante tres dias. Los hijos de Valerio Levino, 25, número que siguió aumentando. Julio César presentó 640 parejas. Tito el humanitario mandó que siguiesen los combates durante cien dias; y el buen Trajano se extendió á 123, ofreciendo dos mil combatientes.

No eran solo esclavos los que lidiaban, pues cuando mas prostituida estuvo la dignidad humana en tiempo de los emperadores, hizo Neron pelear un dia en el anfiteatro á 400 senadores y 500 caballeros. Cómodo bajó él mismo á la arena. En vano Marco Aurelio mandó usar armas despuntadas; el pueblo pedía sangre hasta que un edicto de Constantino, y mas que todo la resignación heroica de los mártires cristianos, pusieron fin á aquel salvaje espectáculo.

Hábiles maestros enseñaban en Roma á los hombres libres y á los ciudadanos el modo de dar y recibir la muerte; pero mas aun que la artificiosa esgrima, divertían al pueblo los prisioneros y esclavos conducidos de países no enervados por la civilización, y que desplegando en el circo gigantescos y robustos miembros, descargaban golpes cuya ferocidad suplía la falta de maestría. Opulentos empresarios tenían en sus casas multitud de hombres elegidos á quienes mantenían y preparaban para este ejercicio. Según Pretonio se obligaban aquellos desgraciados pronunciando las siguientes palabras: « juro sufrir la muerte en el fuego, en las cadenas, con el azote ó con la espada y someter mi alma y mi cuerpo á la voluntad de Eumolfo, como verdadero gladiador. » El edil que ofrecía espectáculos al pueblo ó el rico que solicitaba sus simpatías, se dirigían al empresario y alquilaban los lidiadores ó los compraban por su cuenta. En el primer caso procuraba el empresario que sus hombres sufrieran lo ménos posible, en el segundo eran sometidos por completo al arbitrio de la muchedumbre.

Con frecuencia se anunciaba: « habrá regalos de gladiadores; el edil recompensará á sus conciudadanos por haberle elegido, ofreciendo cincuenta parejas de acuchilladores. » Entonces saltaba de alegría el pueblo romano, y olvidando sus derrotas y calamidades, se agolpaba á los contornos del circo al despuntar los primeros albores del dia. Mas tarde llegaban los nobles y las damas, que habian invertido la mañana en componerse para aparecer seductoras y estimular con sus hechizos el ardor de los combatientes. Caía un vencido

y el pueblo deseaba divertirse en contar las convulsiones del moribundo y los sacudimientos de un cuerpo que perecía en el vigor de la edad y la plenitud de la vida, cerraba el puño enderezando el pulgar hacia el lidiador, gritando *recipe ferrum*, y su contrario obedecía la señal y le degollaba.

Cuando las trompetas anunciaban la muerte de un hombre, su cuerpo era arrastrado al *espoliario*, donde su enemigo le quitaba las armas y el vestido y acababa de rematarlo. Allí acudían también los epilépticos á beber la sangre del gladiador espirante.

JOSÉ PICON.

## Revista de la Moda.

SUMARIO. — La elegancia cosmopolita. — El gusto de los extranjeros. — Manías de la juventud de Francia. — De cómo decretaria yo los sombreros. — Anuncios de una revolución en los pantalones. — El frac de color rivalizando con el negro. — Trajes para el Jardín de Invierno y el Teatro Italiano. — La Ristori en el Teatro Francés. — Un caballero con casaca de seda. — Tom Pouce en los Campos-Eliseos. — Del traje de Tom Pouce. — Descripción del figurin de este número.

Las modas actuales presentan un conjunto muy variado. Los extranjeros que abundan hoy en París comprenden el negligé mejor que los elegantes parisienses; salen á la calle con jaquetas blancas y cenicientas, y van á la Exposición, á los Campos-Eliseos y al bosque de Boulogne con un sombrero de alas anchas. El extranjero, ántes que la moda quiere lo confortable, y tiene mil razones. La hermosa juventud de Francia, bajo pretexto de seguir la moda, viste trajes y adquiere hábitos y maneras que rayan á menudo en lo grotesco.

Me hallo muy distante de criticar el lujo, pero puesto que nunca se volverá á los trajes espléndidos del siglo de Luis XIV y de Luis XV, prefiero mil veces el vestido sencillo y sin pretension, á todas las excentricidades que decreta el Jockey-Club y la manía inglesa. En tanto que se tenga por elegante ese horrible sombrero negro que mas que sombrero parece un tubo de chimenea, jamás un dandy podrá tener un aire distinguido.

— ¿Pero qué sombrero se ha de adoptar? preguntará el lector.

— El sombrero redondo de paja para el verano y de fieltro, de castor ó de seda para el invierno. Hé ahí lo que puede llamarse un sombrero, porque lleva anchas alas que abrigan los ojos y el rostro.

Si entro este mes en tales observaciones, es porque de aquí á la estación de otoño no se creará nada nuevo. La forma de los fracs, de los sobretodos y de los pantalones permanece invariable. — Sin embargo, se habla ya para el invierno próximo de un gran cambio radical en el vestido masculino. Parece ser que se conservará el frac para soiré y teatro, pero que se admitirá con preferencia un pantalón blanco de satén de lana en vez del pantalón negro que se usa desde hace tanto tiempo y que da al traje un aspecto tan sombrío. Con este pantalón blanco se llevará un chaleco blanco bordado de piqué, de seda ó de valencias. El frac negro, aunque seguirá de moda, podrá reemplazarse con un frac de color, lo que hace mucho mejor y más alegre.

Casi todos los elegantes llevan á las carreras de caballos y á las fiestas nocturnas del Jardín de Invierno el frac azul, verde de corte, bronceado ó faisin dorado con bonitos chalecos blancos ó de fantasía. Para las carreras se prefieren generalmente los chalecos rectos de piel de topo color ceniciento y los pantalones de la misma tela. Para el Jardín de Invierno pantalón y chaleco blanco, corbata de seda de color claro, guantes color de lila y zapatos de charol con gruesos lazos, dejando á descubierto una media de seda ó de hilo de Irlanda calada y al plumetis.

La juventud se muestra también muy elegante en el Teatro Italiano, que ha recuperado toda su gloria y todos sus triunfos antiguos, gracias al sublime talento de la Ristori. Se asegura que el señor ministro de Estado, primero por conducto del director del Teatro Francés, y luego directamente, ha hecho muy buenas proposiciones á la célebre actriz á fin de que no se vaya de la capital de la Francia. La Ristori deseosa á la vez de permanecer fiel á su dulce y querida lengua italiana y de probar su talento en algunas obras francesas, ha suplicado al ministro que la conceda el favor de conciliar estos dos proyectos para honra y gloria de ambas literaturas y para mayor placer del público parisiense. Hé aquí la ingeniosa proposición que ha presentado y que ha sido aceptada inmediatamente. Quedará con el derecho de dar en el Teatro Italiano en su lengua materna y alternando con las representaciones de la compañía lírica, tres representaciones por semana durante los tres meses de febrero, marzo y abril; y luego una vez por semana dará, sin ninguna retribución, una representación en francés á beneficio de los pobres en la primera escena de París. Este es un rasgo magnífico y digno verdaderamente de una mujer de su corazón y de su genio.

Ahora se añade que su primera creación francesa será una Catalina de Médicis escrita expresamente para ella, y aunque no se designa al autor se nombra en voz baja al célebre Alejandro Dumas, uno de sus primeros adoradores.

El traje para el Teatro Italiano es el mismo que el del Jardín de Invierno cuyas fiestas nocturnas son encantadoras; es el paraíso del placer, pero es el infierno de la razón. El miércoles último, el joven marqués de R..., una de las notabilidades de la aristocracia financiera, se presentó con una

casaca de tafetan color de rosa y chaleco y pantalón blanco. En la cabeza llevaba un sombrero bajo de copa y con alas redondas de paja de arroz cosida con unas banderolas de color de rosa y de terciopelo negro por adorno. Fué el héroe de la noche; todas las bailarinas se le disputaban, pues es de advertir que el joven marqués tiene apenas veinte años y es un arrogante mozo.

Todas las tardes el famoso Tom Pouce, aquel Tom Pouce que tanto ruido metió en otro tiempo, se pasea por los Campos-Eliseos en un cochecito arrastrado por un par de caballos negros de raza árabe de un tamaño diminuto. El mismo Tom Pouce guía los caballos, de pié en su carretela, lo que por cierto no aumenta mucho su estatura. El pobre enano, objeto de la curiosidad pública, tiene el aspecto de un elegante viajando. — Paletó de fantasía, gorrita de paja fantasía, pantalón color de perla, chaleco blanco y corbata color de cereza.

Observo que he hablado un poco de todo, excepto de la moda; pero contra lo imposible no hay esfuerzo que valga. Los sastres no inventan nada, y por mi parte me confieso incapaz de inventarlo.

Además, en el figurin de este número encontrará el lector noticias más precisas que las que yo podría dar: son las modas de la estación, las modas del día.

El primer traje ofrece el tipo de lo que se usa en la estación presente: jaqueta, chaleco y pantalón son de hilo mezclilla.

La jaqueta de corte parecido exactamente al de una levita, con la única diferencia del largo y ancho del talle, lleva una sola hilera de cuatro botones de nácar; aunque bastante ancha para poderse abotonar, regularmente se lleva abierta. Mangas anchas sin bocamangas.

Estas jaquetas como son de hilo no se forran en el cuerpo ni en las mangas; los faldones llevan un forro de la misma tela.

Chaleco de chal cruzado con una doble hilera de tres botones de nácar aplastados con dos agujeros. Lleva cinco centímetros de largo debajo del hueco de las caderas, y va cortado recto al rededor.

Pantalón ancho de piernas, holgado sobre el zapato y sin trabillas.

El joven de veinticinco años que se ve después lleva un traje de medio vestir que se compone de una bonita levita de paño negro inglés, de corte de fantasía. Vista por detrás se nota desde luego que el medio de la espalda va sin costura y la abertura es doble, de tal suerte que el faldón izquierdo llega hasta el pliegue de la derecha; estos pliegues no van aplastados y llevan falsos pliegues. La costura que á veces separa las piezas de los costados del faldón se halla igualmente suprimida; pero existe sobre el delantero al sesgo de la cintura, sin lo cual la levita no indicaría los contornos. Lleva una sola hilera de botones y cierra á voluntad.

Con esta levita se admite un chaleco de valencias ó de piqué de chal ó derecho, pero en todo caso poco largo sobre la cintura.

El pantalón es de hilo rayado con una banda estampada sobre el lado, de anchura ordinaria y con trabillas.

Después hallamos una novedad, un modelo de fantasía y de capricho que en este momento se usa mucho. Es un frac derecho para un joven, cuyo cuello es cubierto de seda. Cortado suelto sobre el delantero se sostiene por medio de un cautehu que hace las veces de doble botón, en el tercer ojal. Talle corto, faldones derechos forrados de seda; mangas de un largo ordinario, cuyo forro baja hasta el borde. Chaleco de piqué derecho y abierto con un cuellecito recto.

El niño que cierra la marcha de nuestra serie de modelos, va vestido con un traje llamado *mosquetero*. La chaquetilla cierra derecha sobre el delantero con una hilera de gruesos botones cascabellitos, y al rededor va adornada con un galón de seda cosido llano así como en la orla de las mangas que, siendo muy anchas, dejan ver una manga interior de percal liso, con puños. La chaquetilla va ajustada sin exageración, y su largo se mide hasta cubrir las caderas.

No hay chaleco puesto que la chaquetilla cierra. En cuanto al pantalón es del género llamado *mameluco*, esto es, muy ancho por todas partes, plegado por arriba, y caído en botines que cierran por el lado. — Sombrero de fieltro adornado de plumas.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

## Correrías en los Alpes.

PASO DEL VALLE DE LAUTERBRUNNEN AL DE GASTERN POR EL VENTISQUERO DE TSCHINGEL.

Ya llega el tiempo alegre de las vacaciones, y el vivo enjambre que hormiguea en las escuelas se apresura á volar por todas partes. Los turistas de profesión han tomado ya la delantera y se derraman por la cálida Italia ó por los verdes valles de la Suiza. Este es el momento de hablar de las excursiones de los Alpes. No es la primera vez que tratamos de este asunto en nuestro periódico, pues nos parece conveniente ofrecer á nuestros lectores estos cuadros interesantes, aunque solo sea para demostrar que en general se exajeran las dificultades que presentan estas correrías por las montañas. Con el mismo objeto vamos á tratar hoy de la que hicimos el año último en el fondo del valle de Lauterbrunnen pasando por el ventisquero de Tschingel y el ventisquero Largo (Lange Gletscher) para entrar en el valle de Gastern y de allí en Kandersteg.

Las personas que conocen bien el mapa de la Suiza se preguntarán sin duda con qué fin escogimos esos

caminos diabólicos en vez de tomar la carretera agradable y pintoresca que va de Lauterbrunnen á Interlaken y que costean las hermosas orillas del lago de Thun hasta Oeschi, sube de allí por Frutigen y el valle del Kander á Kandersteg. Para ir cómodamente era mejor así; pero cuando se ha estado una vez en la Suiza, se repiten los viajes lo mas posible, y cada vez se va á Lauterbrunnen, y cada vez también se andan los mismos caminos entrando por Interlaken y saliendo por Zweilutschinen ó el Wengern-Alp, ó viceversa. Algunos viajeros mas curiosos suelen ir hasta el fondo del valle de Lauterbrunnen para visitar la hermosa cascada que cae del ventisquero de Schmadri, y allí encerrados en un cinturón de altos picos y de ventisqueros en apariencia inabordable, vuelven igualmente sobre sus pasos, muy satisfechos de ese paseo que se han aventurado fuera de los senderos conocidos. Sin embargo, esos altos ventisqueros que los dominan se han atravesado ya, y muchos viajeros si lo supieran, no temerian dar un paseo por allí y pasar algunas horas ya en el valle de Gastern y en Kandersteg, ya en el de Lotschen y en el Valais. Y este es uno de los mejores ejemplos que hay que citar en apoyo de esta tesis que creemos verdadera, á saber, que los ventisqueros en la alta cadena de los Alpes, son á menudo los caminos si no los mas fáciles, al ménos los mas directos y los mas cortos para comunicar de un punto á otro. Así el viajero pedestre que de Lauterbrunnen desea llegar lo mas pronto posible al Valais, sea para visitar el valle de S. Nicolás y los ventisqueros del monte Rosa, sea únicamente para atravesar el Simplon se halla obligado á dar un largo rodeo por el Gemmi y mas largo aun por el Grimsel, en tanto que por el ventisquero de Tschingel puede pasar rápidamente al valle de Lotschen que se abre en el valle del Ródano á poca distancia del Visp, esto es, á la misma entrada del valle de S. Nicolás y á hora y media de distancia de Brieg al principio del camino del Simplon. La ventaja de estas comunicaciones es muy grande. Ya en 1835 habia estado yo por primera vez en el fondo del valle de Lauterbrunnen, á visitar las cascadas del Schmadribach, y llegado allí deseaba ir hasta la falda de los ventisqueros que cierran el valle. Pero mi guía no pudo obtener ninguna indicación en las casas que hallamos por aquellos sitios. Ye me dirigí al acaso y llegué á la cuspide del Oberhorn donde se descubre una hermosa vista sobre la cintura nevada que se extiende desde el ventisquero de Tschingel hasta la Jungfrau.

El ventisquero de Tschingel se halla todo erizado de agujas y de escarpadas cuevas, y no pude imaginarme por donde podian pasar los que dicen han ido á veces por allí al valle de Gastern, y en particular M. Hugi que habia efectuado ese paso seis años ántes. Nadie pudo explicármelo tampoco, y me hablaron de esa excursión como de una tentativa temeraria de gentes abandonadas de Dios.

Ebel dice que á fines del siglo último algunos suizos intentaron pasar por el ventisquero de Tschingel, pero que sufrieron los mayores trabajos y se expusieron á grandes peligros. A pesar de los temores supersticiosos de las buenas gentes del valle y las siniestras advertencias del sabio explorador de la Suiza, algunos años han bastado para disipar esos misterios y temores, y hoy recorren los viajeros muchos sitios donde ántes solo ponian los piés los cazadores mas intrépidos.

El 28 de setiembre del año último salimos á las cuatro de la mañana de la posada de Lauterbrunnen mi compañero de viaje y yo, con nuestro guía ordinario. El jefe de la expedición era un tal Launer que es con su hermano el cazador mas atrevido que se conoce en la comarca. Aun era de noche y á cada paso tropezábamos en las desigualdades del camino, pero á pocos minutos de distancia vimos una luz que se adelantaba hácia nosotros; era el mensajero de Murren, armado de una linterna para su bajada matinal por los malos senderos que conducen sobre la cascada del Staubbach. Nuestros guías le pidieron su linterna, se la dió y continuó en la oscuridad su camino. Nada diré del valle conocido de Lauterbrunnen, especie de golfo abierto á la falda de Jungfrau entre las peñas de las montañas. El valle de Ammertent, que es su continuación, presenta un aspecto triste. Algunas ruinas de fábricas de fundición prueban la inutilidad de todo esfuerzo para hacer hospitalario un valle inundado todos los años por los timpanos de nieve.

Llegados al fondo del Ammertent una cuesta muy pintoresca nos llevó por el Steimberg al pié del ramal N. E. del ventisquero de Tschingel que baja al valle. Antes de entrar en él, hicimos alto para almorzar en medio de las escenas mas silvestres. Eran las nueve cuando proseguimos el camino. Después de haber subido durante algun tiempo el ventisquero hasta un sitio en que su excesiva pendiente exigía una escalera, nos dirigimos hácia las paredes verticales de la roca que están á la derecha, y allí vimos aplicada una escalera debida á la industria de los cazadores. Esta escalera que consistía en un tronco de abeto con travesaños á derecha é izquierda parecia por su disposición el palo que se pone á los loros. Por medio de esta escalera vacilante se sube un trozo de esa cadena escarpada llamada Tschingelgrat. Damos aquí una vista de ese paso.

Un poco mas arriba hay que atravesar sobre un precipicio otro paso que no presenta grandes dificultades pero que trastorna la cabeza. Desde allí se principian á subir cuestecillas cubiertas de trecho en trecho de una vegetación rara. Por allí deben bajar con frecuencia las gamuzas, pues á pesar de lo vivo del aire, largo

tiempo nos persiguió el olor que dejan por donde pasan.

Llegamos en fin á los montones de rocas del ventisquero superior y entramos en este á las once y media, pero ántes de entrar echamos una ojeada a la Jungfrau. Desde nuestro puesto elevado descubrimos enteramente las largas cuevas de hielo de su cúspide sobre los precipicios del Rothenthal, y podíamos medir el camino seguido por M. de Agassiz y sus compañeros cuando su ascension. Sabíamos que se fueron por el ventisquero de Aletsch, pero nuestro guia Launer se obstinó en buscar y subir por el Rothenthal. Nos indicaba el punto á que llegó cerca de la cúspide, de donde fué rechazado por el mal tiempo; pero por ese lado las pendientes del hielo son tan rápidas que es dudoso logre popularizar esa ascension y hacer con ella una venta á su valle. Todo el mundo no tiene su audacia ni sus piernas.

El ventisquero superior en donde entrábamos se presenta bajo el aspecto de una vasta llanura ondulada. Las grietas son frecuentes, pero pequeñas. Vista su disposicion horizontal no encontramos esas profundas aberturas que se hallan en sitios semejantes. En medio de la llanura de Nevé se elevaba una montaña de hielo, llamada el Mutthorn, separada á la izquierda del Tschingelhorn por un valle de nieve y á la derecha del Blumlis-Alp por otro valle que desembocaba en la garganta hácia la cual nos dirigiamos. Sobre esa garganta veíamos ya la cúspide aguda del Altels situada á tres leguas en frente. El Blumlis-Alp llamó sobre todo nuestra atencion. Ese peñasco tan considerable y tan imponente visto del lago de Thun habia perdido aquí su grandeza y estaba reducido á una extremidad de pirámide sumergida en las nieves de la meseta; á nuestra derecha entre ella y la base del Buttlosa habia una ancha abertura por donde se precipita el ventisquero de Gamchi.

Me detuve un instante para sacar un dibujo de esa vista que tratamos de reproducir aquí. Entonces nos hallábamos sobre una alta meseta extendida sobre esos picos alpestres como una especie de manto blanco con cuatro puntas opuestas pendientes sobre valles distintos; la primera ramificacion, que es por donde habiamos subido en un principio, ocupa el fondo del Ammertenthal; otra en frente por donde íbamos á bajar ocupa el del valle de Gastern y en una direccion contraria á esta, las ramificaciones caen en el valle de Lotschen y el ventisquero de Gamschi hasta el Kienthal. Esta situacion da un interés particular al paso de que

hablamos aquí y permite estudiar los lazos que unen las diferentes masas de peñascos de esa topografía interior de los Alpes, de que la gente se forma una idea falsa considerándola á cierta distancia.

Las nubes que a veces nos habian envuelto y nos habian ocultado parcialmente la vista toda la mañana se habian elevado. Un sol ardiente nos incomodó en extremo hasta llegar á las cuestecillas de fácil salida, pero largas, que conducen hasta la garganta. La respiracion penosa de nuestros montañeses cargados con las pro-

los ventisqueros unidos á sus flancos que habiamos atravesado algunos años ántes para ir del valle de Lotschen á Kaudersteg. En breve volvimos á la derecha, y entramos en el valle de Gastern tan desolado por las inundaciones que han destruido sus pastos y donde en ciertos sitios, á pesar de todos los esfuerzos, no hay medio de tener practicable al pié de la montaña un senderillo estrecho. A las siete de la noche entrábamos en la posada de Kandersteg.

A. J. D.



El ventisquero Tschingel inferior. — El Mal Paso.



Tschingelhorn.

Alturas del ventisquero de Tschingel.

Mutthorn.

Cúspide del Altels.

Blumlis-Alp

Buttlosa